

EL BARCO DE VAPOR



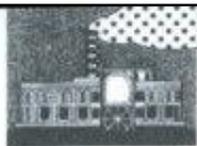
Mauricio Paredes

Don Macanudo

Ilustraciones de
Verónica Laymuns M.



EL BARCO



DE VAPOR

Don Macanudo

Mauricio Paredes S.

Ilustraciones de Verónica Laymuns M.



Don Macanudo

Mauricio Paredes S.

Ilustraciones: Verónica Laymuns M.

Dirección de Publicaciones Generales: Sergio Tanhnuz P.

Dirección de Arte: Carmen Gloria Robles S.
Diseño y diagramación: Roberto Peñalillo F.
Producción: Andrea Carrasco Z.

Primera edición: Marzo de 2014.

© Mauricio Paredes S.
© Ediciones SM Chile S.A.
Coyancura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile.

www.ediciones-sm.cl
chile@ediciones-sm.cl

ATENCIÓN AL CLIENTE
Teléfono: 600 381 13 12

Registro propiedad intelectual: 238.526
Registro de edición: 238.527
ISBN: 978-956-349-657-4

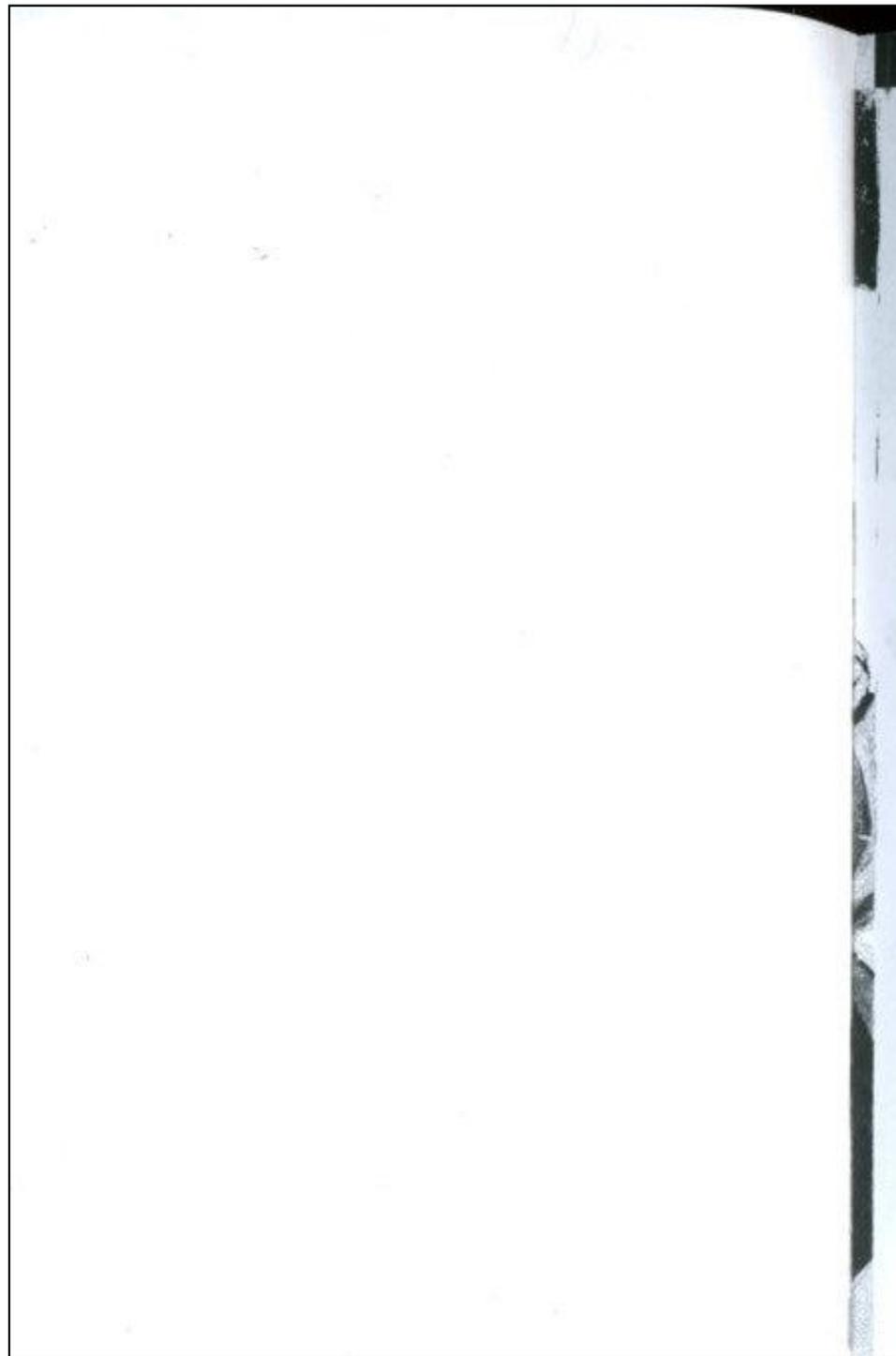
Impresión: Salesianos Impresores
General Gana 1486. Santiago, Chile.

Impreso en Chile / Printed in Chile

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

N03SCH

E 5167



1. Cómo don Macanudo se convirtió en don Macanudo



Antes de ser el guardián de la playa, don Macanudo trabajaba en una fábrica de antídotos. La empresa se llamaba Bob y Ben, y el trabajo de don Macanudo consistía en tomar distintos venenos para probar los antídotos preparados por Bob o por Ben. Los venenos le provocaban diversos efectos: algunas veces le daba por bailar la conga hasta caer desmayado y otras veces sacaba la lengua y hacía girar los ojos. Los antídotos eran igual de interesantes: la mayoría lo mejoraron, otros lo dejaron peor, pero hubo uno que fue distinto a todos los demás. El antídoto, que después fue bautizado y ahora es el famoso Antídoto Antitodo, fue todo un éxito. Lo hizo mejorarse del veneno y además lo dejó macanudo. Al menos eso era lo que nos contaba. Después de él, nadie más ha quedado macanudo, pero todos se han mejorado, así que Bob y Ben han sido muy exitosos y famosos.



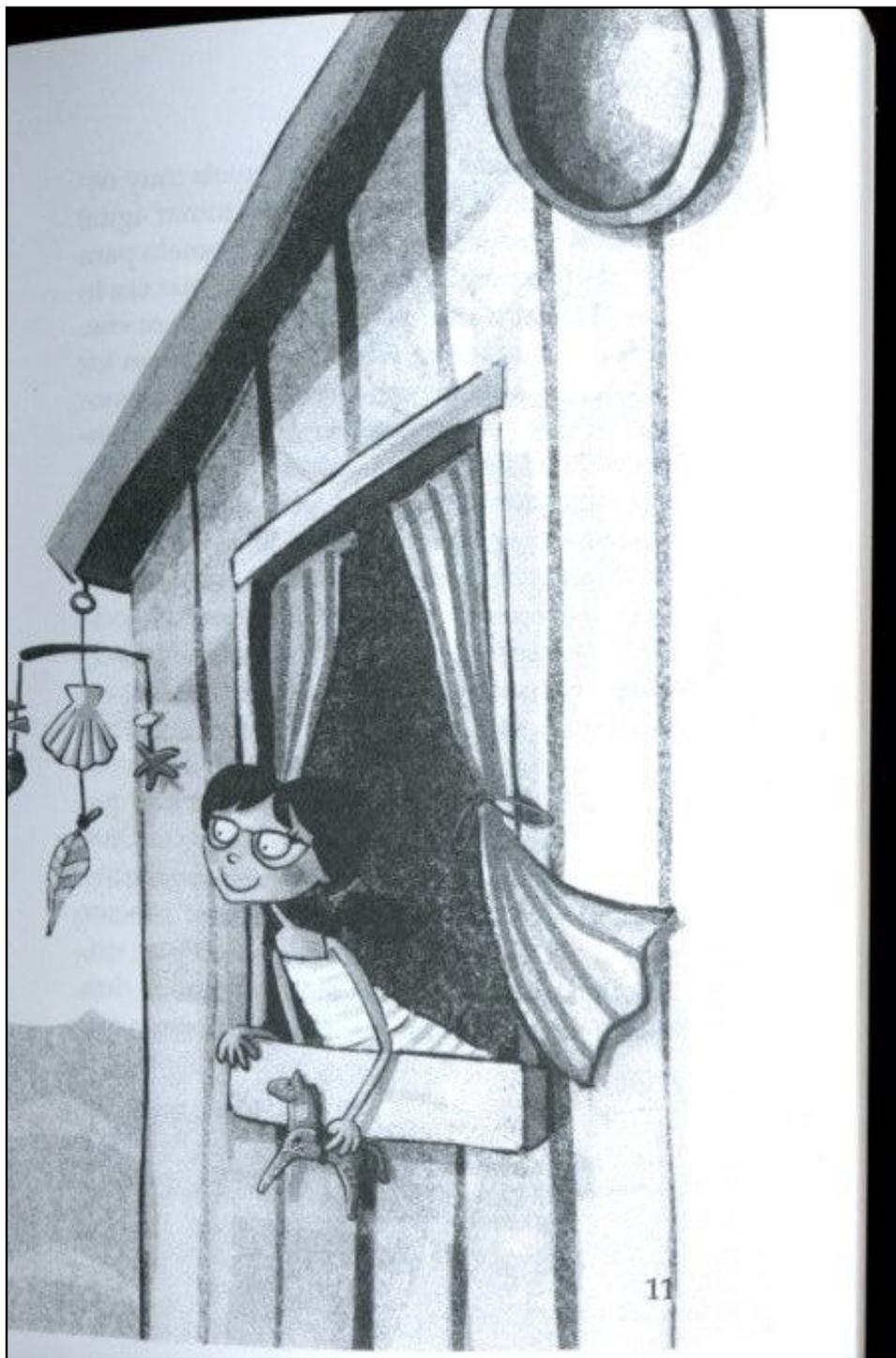


Don Macanudo era el mejor amigo de los niños que veraneaban en la playa Santa Pereza. Lo sé porque yo era uno de esos niños, o, mejor dicho, de esas niñas. Lo recuerdo todo muy bien, a pesar de que ahora soy una anciana. El tiempo es algo muy raro. Uno se acuerda mejor de los recuerdos de infancia que de dónde dejó las llaves de la casa. Por lo menos a mí se me pierden todo el tiempo.

En la bahía, el señor salvavidas era el que se preocupaba de cuidar el mar y de salvar vidas, en especial las de las personas que trataban de ahogarse, ya sea intencionalmente o por casualidad. En cambio, don Macanudo era el guardián de la playa, es decir, su trabajo consistía en preocuparse de los quitasoles, de los castillos de arena, de los baldes, de las palas y de los niños perdidos; también de la zona de paleteos, de los viejos cascarrabias, de los jóvenes achicharrados por el sol y de su colección de estrellas de mar.

Es verdad que don Macanudo tenía mucho más trabajo que el señor salvavidas, pero a veces les tocaba trabajar en conjunto, como cuando venía algún tipo de ola gigante y entonces el salvavidas recogía a un tipo de personas, que eran las que se tragaba el mar, y don Macanudo levantaba otro tipo de personas, que eran las que el mar escupía y llegaban rodando cubiertos de arena. Se podría decir que eran amigos, a pesar de que nunca se dijeron ni una sola palabra.

Mi nombre es Clemencia y habitaba una pequeña casa de madera sobre un cerro al lado del mar. Vivía con mi mamá y éramos pobres, pero no quiero dar pena, porque mi vida ha sido muy feliz y tranquila. Aquel verano fue especialmente emocionante, y puedo decirlo con propiedad, porque después de tantos años uno ha hecho muchas cosas, han pasado muchos veranos y he tenido mucho tiempo para flexionar y reflexionar acerca de casi todo. Mi papá se había ido de la casa porque tomaba



mucho. Cuando era niña me parecía muy extraño, porque a mí me encantaba tomar agua, bebidas y especialmente jugo de pomelo para mi cumpleaños. El día que entendí qué era lo que le pasaba a mi papá lloré toda la noche. Todavía, cuando me acuerdo, se me mojan los ojos y me dan ganas de haberlo podido conocer, aunque hubiese tenido ese problema o enfermedad. A veces sentía que era culpa mía que a él le gustara tomar tanto, pero no era lógico, porque mi papá tomaba antes de que yo naciera. El único recuerdo que me dejó fue un caballo de juguete que yo adoraba. Mi mamá decía que "Dios sabe la vida que le dio a cada uno" y que "a los que les tocó más difícil, Dios les tiene un premio en el cielo". Mi mamá me hablaba mucho de Dios. Después de todos estos años he hecho tantas cosas buenas y malas que no tengo idea de cuál será el regalo que Dios me tendrá preparado, si es que me tiene alguno (espero que sí, porque me he esforzado en ser buena). Pero esta historia no es acerca de mí, sino de don Macanudo o, mejor dicho, de don Macanudo y de lo que sucedió aquel verano.

2. Cómo conocí a Pedro en la playa



Ese verano conocí a Pedro porque a mi mamá la contrató la familia de él para que le lavara a mano alguna ropa y no con sus lavadoras. Mi mamá era una excelente lavandera y dejaba la ropa reluciente. La familia de Pedro era muy buena y Pedro también. Por eso acompañaba feliz a mi mamá a buscar la ropa sucia y a dejar la ropa ya limpia. Eran dos oportunidades para ver a Pedro y estar con él, pero después fue mejor aún, porque nos hicimos amigos y estábamos juntos todo el día en la playa. Pedro me explicó que en realidad su nombre era José Pedro, pero no le gustaba y tampoco quería llamarse solamente José. Por eso prefería que le dijeran Pedro y así era como yo lo llamaba. Pedro tenía otros amigos en la playa Santa Pereza, pero ninguno era un amigo-amigo, sino que solamente amigos de la playa. Él había invitado a un amigo-amigo suyo, pero todavía no llegaba. Yo no me imaginaba lo que el arribo del famoso amigo-

amigo significaría para la relación entre Pedro y yo, pero pronto lo sabría.

La casa de Pedro quedaba justo en la costa y era linda y grande. Era muy moderna y de un solo piso. A mí me ponía feliz que su casa fuera tan preciosa y con vista al mar, con unos ventanales por los que se debía ver hasta el otro continente. La mía también tenía vista al mar y era de un solo piso, pero con ventanas de tamaño normal, lo cual estaba muy bien para mí, porque yo tenía anteojos y con ellos podía ver el mar hasta muy, muy lejos. La familia de Pedro usaba esa casa solamente en el verano. A mí me habría gustado que vivieran ahí todo el año para que siempre pudieran mirar el mar azul, pero especialmente para estar siempre junto con Pedro.

La casa de Blanca también quedaba al borde del mar, más lejos de la mía que la de Pedro. Era más grande, pero menos bonita, o al menos eso opinaba yo. El día que Pedro me presentó a Blanca hacía mucho calor, y él mencionó que era su amiga, pero dudó al expresarlo. Ahora comprendo muy bien por qué él me lo dijo tan nervioso. Tenía miedo de que Blanca me mirara en menos y fuera a molestarme por yo ser pobre y ella rica.

Había otros niños y niñas más, pero no recuerdo sus nombres, a pesar de que ese verano ellos fueron mis mejores amigos. Solo me

acuerdo de que a los más chicos les decíamos las sanguijuelas, porque querían estar todo el tiempo pegados a nosotros. La memoria funciona de una forma muy rara y trae algunos recuerdos como si hubiesen ocurrido el día de ayer; en cambio, otros quedan en el olvido. Sería increíble poder acordarse de todo, pero al parecer los que quedan son los recuerdos más importantes, o al menos los más emocionantes. Esos son los que a uno lo marcan, como el día en que conocí a Blanca. El sol brillaba muy fuerte sobre ella cuando decidió, sin preguntarle a nadie, que ella iba a ser la jefa del grupo, porque era la más alta. Así, Blanca fue la jefa, pero Pedro fue mi mejor amigo y nuestro mejor amigo fue don Macanudo, el verdadero guardián y jefe de la playa.

Antes de hablar de la ola gigante y de la parte triste de la historia, voy a contar las cosas divertidas que nos pasaron aquel verano. Es mejor partir por las cosas entretenidas. Así, cuando viene la parte que da pena, uno se puede saltar el final y listo. Cuando uno es anciano, eso se entiende a la perfección, uno sabe de muchos principios y de demasiados finales.

La primera cosa divertida que voy a contar fue cuando don Macanudo casi muere por salvarnos la vida.

3. Cómo don Macanudo casi muere por salvarnos la vida



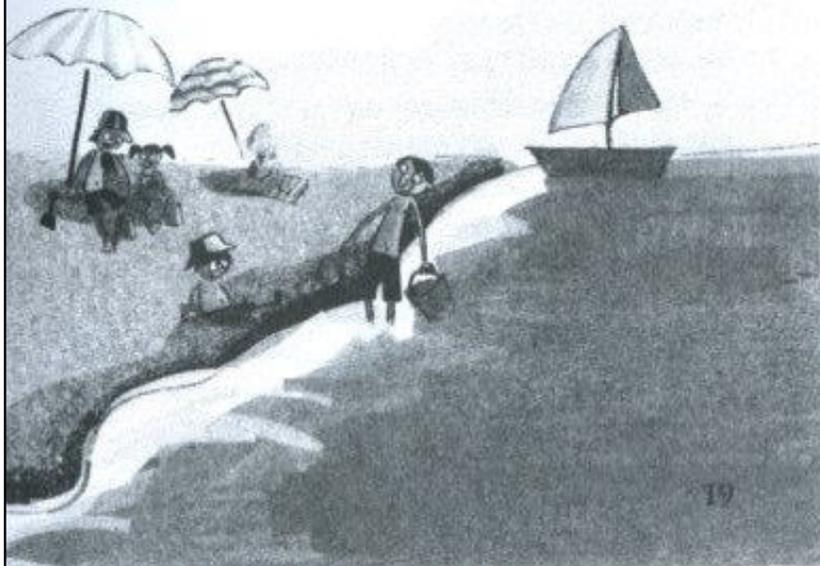
En ese soleado día de verano, tres lindas jóvenes se pasearon repartiendo helados. Estaban vestidas con ropa azul que les quedaba ajustada, a pesar de que ellas eran extremadamente flacas. Una era rubia, la otra morena y la tercera pelirroja. Sus nombres: Ana, Mía y Sibutramina, y el helado que regalaban se llamaba Engordelado. Los hombres jóvenes se acercaban y las saludaban. Ellas les decían sus nombres y se reían como si fuera el día más espléndido de sus vidas. Yo también sentía que era un día realmente espléndido, pero no podía ser tan expresiva como Ana o como Mía ni mucho menos como Sibutramina, que era la más coqueta de las tres. Me habría gustado ser como ellas, tan risueñas y con tanta soltura, como si todo lo que les pasara fuese algo sensacional. Pero yo era tímida y además era una niña, por lo que no tenía sus personalidades ni sus siluetas. Los fabricantes del famoso

helado, que ya ni me acuerdo cómo se llamaba, eran los verdaderamente famosos Bob y Ben. Las tres lindas jóvenes no se preocupaban tanto de regalar Engordelados, nombre que aún recuerdo perfectamente y nunca se me olvidará, sino de mover su lindo sedoso pelo, mostrar sus lindos dientes y contestar «genial, lindo» a cada linda frase que los hombres jóvenes les decían.

Después desfilaron sobre la arena para entregar helados a los que no se habían acercado a ellas, es decir, a todos, menos a los hombres jóvenes que las habían acaparado rodeándolas. No fue buena idea que fueran descalzas,



porque la arena estaba sumamente caliente y se notó que se les quemaban las plantas de los pies, porque lo disimulaban muy mal, dando saltos y reclamando, como si no fuera culpa de ellas, sino que de alguien más. Por eso, corrían rápido a la sombra de los quitasoles, donde estaban los papás junto a las mamás. Los papás, al verlas, ponían cara de bisnietos, se les bajaban un poco los párpados y comenzaban a saborearse, incluso antes de probar aquel helado, que no tengo idea cómo se llamaba y nunca lo recordaré. Ellas se agachaban para pasarles su Engordelado y ellos botaban el aire de sus pulmones para hundir lo más posible sus panzas. Entonces, las mamás les daban un pellizco o les pegaban un codazo



y así tenían que tragar una bocanada de aire marino y sus barrigas volvían al tamaño original. Comprendiendo la situación, y para no entrar en conflicto con las mamás, Ana, Mía y Sibutramina les dejaban el helado lo más rápido posible y corrían hasta la siguiente sombra de quitasol. Ya estando a salvo, estiraban sus largas y delgadas piernas y hacían como que miraban el horizonte, tapándose el sol con una mano, a pesar de que usaban anteojos oscuros. No me fijo en muchas cosas, pero estoy segura de que Ana, Mía y Sibutramina jamás comieron un Engordelado en sus vidas, o por lo menos hasta ese día.

Finalmente, nos tocó el turno a nosotros. Nos repartieron cuatro helados a cada uno porque ya estaban aburridas y querían irse pronto. Así quedamos nosotros, un grupo de niños en uno de los días más calurosos del verano, con dos Engordelados en cada mano. Con toda propiedad puedo decir que fue un día espléndido, ya que he vivido decenas y decenas de veranos con sus respectivos cientos de días calurosos. En ese preciso instante apareció don Macanudo, quien se tuvo que poner en puntillas para saludarlas de beso, ya que las tres promotoras eran mucho más altas que él. Les dijo que parecían sirenas recién sa-

lidas del mar y ellas se echaron a reír mucho más que con los piropos de los hombres jóvenes. Como yo era niña en esa época, pensé que las carcajadas eran porque don Macanudo les había caído muy simpático. Ahora comprendo la verdadera razón y me parece muy cruel. Ellas se estaban burlando de él.

Como niños normales de cualquier momento de la historia, quisimos comernos nuestros Engordelados lo más rápido posible y lanzarnos de inmediato a refrescarnos en el mar. Pero se hacía muy difícil, porque los Engordelados se empezaron a derretir por el calor que hacía. La solución que encontramos en esa inocente época de nuestras vidas fue tragarnos los helados lo más rápido que pudimos, lo cual fue una tarea casi imposible. Pero lo logramos. Quedamos repletos de Engordelados y todos manchados. Teníamos helado en las manos, chorreábamos por los codos, los pies se nos mancharon porque nos habían caído gotas y también teníamos el pelo sucio y pegote con el Engordelado. Hasta algunas gaviotas se acercaban para lengüetearnos. Por eso decidimos ir a lavarnos al mar.

Pedro fue el primero en lanzarse y yo iba justo detrás, pero en ese momento, cuando todos íbamos corriendo, Blanca se interpuso e

hizo que yo me cayera en la arena. Como tenía helado por todas partes, mi cuerpo quedó casi completo con arena pegada, e incluso un poco me entró a los ojos. Sentí mucha rabia de que Blanca hiciera trampa para ganarme. Mis ojos se llenaron de lágrimas, un poco por la arena, pero principalmente por lo humillada que me sentí. Pensé en darme media vuelta e irme a mi casa, pero por suerte Pedro ya se había metido al agua y nadaba alejándose hacia la balsa, sin mirar atrás. Entonces me acomodé los anteojos, me metí a las olas y nadé hacia la balsa también. Como soy buena nadadora, alcancé rápidamente a Blanca, pero no a Pedro. Él ya estaba arriba de la balsa de madera que flotaba a una distancia considerable de la orilla de la playa. Cuando subí la escala metálica, no tuve tiempo de decirle nada y él se zambulló en clavado al mar. Me pareció raro, pero luego miré y vi que estaba Blanca haciendo como que se ahogaba. Y digo «haciendo como» porque la verdad es que le había dado envidia que yo llegara primero y también celos de que estuviera con Pedro. De hecho, cuando Pedro la ayudó a subirse a la balsa, ella mágicamente se sintió bien al instante. Era una malcriada esa Blanca, pero lo que vino después fue un castigo más que merecido.

Cuando estuvimos todos arriba de la balsa, es decir Pedro, Blanca, las sanguijuelas y yo, entonces a Pedro se le ocurrió que nos balanceáramos para que las tablas subieran y bajarán, cada vez más fuerte. Así lo hicimos, hasta que Blanca se puso más blanca que su nombre y pidió desesperada que paráramos. Pero ya era tarde, porque, aunque dejamos de balancearnos, la balsa seguía moviéndose muy fuerte. Blanca lucía cada vez más pálida y en un instante tuvo que lanzarse al suelo de madera con su cabeza colgando hacia el agua. Fue un espectáculo asqueroso y hasta sentí lástima por ella. Después de que vaciara todo el helado que tenía en su interior, se limpió la boca y se sentó en medio de la balsa, lloriqueando y limpiándose la cara y el pelo.

Pedro decidió que esperáramos un momento para que Blanca se recuperara y luego volviéramos. Así lo hicimos y él iba ayudándola a nadar. A veces pienso que ella fingía para que él la llevara abrazada. A estas alturas de mi vida creo eso, porque cuando uno llega a vieja se pone muy desconfiada, pero me parece que, por esa vez, Blanca en verdad sí estaba muy débil como para nadar por su propia cuenta.

Mi amigo Pedro era un excelente nadador, aunque hay que recordar que tenía cuatro

Engordelados dentro de su cuerpo y por eso le costaba mucho avanzar. Yo fui a ayudarlo, pero nos resultaba muy difícil porque Blanca no aportaba nada, ni siquiera un pataleo poco o alguna brazada por aquí o por allá.

Cada vez íbamos peor. Si no se hundía Pedro, me hundía yo. Y cada vez que alguno de los dos se hundía, Blanca se hundía lo suficiente como para tragar agua de mar. En cambio, cuando ninguno de los dos se hundía, Blanca aprovechaba para llorar y decir «quiero a mi mamá» y cosas por el estilo. Es interesante cómo uno se acuerda de sus papás cuando le ocurre alguna tragedia, a diferencia de cuando uno lo está pasando de lo mejor, tiempo en que no tiene idea ni se preocupa de sus progenitores.

Pedro le hacía señas al señor salvavidas, pero este estaba conversando con las lindas promotoras que nos habían regalado los fatales Engordelados. Todo iba mal y parecía que sería nuestro trágico fin.

Entonces vino nuestra salvación, mejor dicho nuestro salvador. Don Macanudo al rescate.

Había visto los movimientos de brazos de Pedro y se había lanzado como superhéroe al mar. Él sí que era un gran nadador, porque

se había criado desde que nació a la orilla del océano, así que la marea y las olas no eran un gran desafío para sus capacidades. De hecho, se contaba que una vez había luchado con un tiburón y lo había derrotado a puñetazos. Pero ahora el problema es que tenía quizá cuántos helados en su barriga, porque apenas podía avanzar y más parecía una boya flotante.

Llegó justo en el momento en que no dábamos más y estábamos a punto de dejar a la pobre Blanca que se hundiera en las profundidades, lo cual habría significado su muerte total, a menos de que fuera sirena, lo que dudé. Don Macanudo la tomó con un brazo y con el otro nadó decidido de vuelta a la playa, a pesar de lo mal que se sentía. Venía acezando, bufando y haciendo todo tipo de ruidos respiratorios y también algo así como gárgaras. El agua que no se tragaba Blanca se la tragaba él y los dos llegaron verdes. Nosotros también llegamos a duras penas y con el estómago revuelto, pero a ninguno más le ocurrió que tuviera que devolver la comida por la boca, como le había sucedido a Blanca en la balsa.

Después de recuperarse un poco, la niña presumida se fue corriendo al quitasol de sus papás. Don Macanudo los saludó con el brazo y una amplia sonrisa, como diciendo

«aquí estoy yo, el guardián de la bahía. Salvé a su hija». Pero el padre de Blanca lo miró de vuelta con ojos de ira y dientes de rabia. En ese momento no lo comprendí, pero ahora sé que fue porque Blanca no le contó la historia como realmente había sido.

Esa fue la primera vez que el papá de Blanca se enojó con don Macanudo, pero no sería la última: de hecho, vendrían otras mucho más graves. Pero eso ya pertenece a la parte triste de la historia, así que, por ahora, no lo voy a contar. Lo que sí voy a contar es cómo nos achicharramos con el sol y la letra B.

4. Cómo nos achicharramos con el sol y la letra B



En la época en que conocí a Pedro, a Blanca y a los demás niños, casi todos los años la gente creía que se iba a acabar el mundo. Lo mismo ocurre ahora que soy vieja.

En ese verano que nunca olvidaré nos pasaron cosas muy raras, como si fueran signos de sucesos por venir. O tal vez eran cosas normales, pero a nosotros nos ocurrían de una manera extraña. Tal vez era porque nosotros éramos niños que teníamos algo especial, pero yo creo que principalmente se debía a que en casi todas las cosas que nos pasaron, casi siempre estaba don Macanudo involucrado de alguna manera, ya sea extraña o normal. Y don Macanudo era un personaje excepcional.

Después de casi indigestarnos, o completamente indigestarnos como fue el caso de Blanca, decidimos tendernos al sol para sentirnos mejor, es decir, para reponernos. Así,

nos pusimos y repusimos sobre la arena encima de nuestras toallas. La mía era la misma que yo usaba para secarme en el baño; las de los demás tenían dibujos y colores. En ese entonces me daba un poco de lástima porque me habría gustado tener una toalla linda y multicolor; también me daba un poco de rabia porque encontraba que era una injusticia que algunos, como Blanca, lo tuvieran todo y yo no, pero más que nada me daba vergüenza. Habría preferido no llevar toalla y mentir diciendo que se me había perdido, pero mi mamá era muy estricta en eso, en parte porque no quería que me quedara mojada, pero principalmente porque no quería que yo me sintiera apocada frente a los turistas. Su método no era muy bueno, porque justamente por llevar una toalla de un solo color y desteñida era que yo me sentía apocada, como la niña pobre del grupo, y no quería que me tuvieran lástima o me miraran en menos. Me daba vergüenza lo que Blanca pudiera comentar o, mejor dicho, lo que pudiera señalar a mis espaldas, especialmente lo que pudiera contarle a Pedro a mis espaldas. También me daba vergüenza lo que pudiera pensar Pedro, pero no tanta, porque yo sabía que a Pedro esas cosas no le importaban, y además sabía

que no quería llamarse José Pedro, ya que le sonaba muy aristocrático, ni tampoco José, sino que simplemente Pedro.

El sol estaba especialmente fuerte ese día y las sanguijuelas, es decir, los niños más chicos, se fueron donde sus padres porque corrían peligro de insolarse. Solamente quedamos Pedro y yo, con nuestras toallas pegadas la una a la otra. A los pocos minutos, ya estábamos completamente secos y unos cuantos minutos después empezamos a mojarnos de nuevo, pero ahora de transpiración. Estábamos de espaldas mirando el cielo azul, en silencio. Casi no nos movíamos, pero en un momento creo que sentí que un dedo de la mano de Pedro rozó mi brazo. No sé si lo habrá hecho intencional, pero dentro de mí se produjo una reacción como si me hubiese dado la corriente eléctrica. Me gustaba mucho Pedro, y eso lo digo ahora sin ninguna vergüenza, porque sería el colmo que me diera pudor una cosa así teniendo todos los años que llevo a cuestas. Pero en ese entonces sí me puse muy nerviosa y me emocioné. Todo esto pasó dentro de mí, porque no me atreví a moverme ni un milímetro y me quedé quieta como escultura de arena, mirando las gaviotas que pasaban por el cielo y con el corazón que retumbaba de felicidad.

Pronto fuimos relajándonos cada vez más hasta quedarnos profundamente dormidos, sin nadie alrededor, uno al lado del otro, los dos solos, Pedro y yo.

—¡Clemencia, joven Pedro! —escuché que alguien gritaba a medida que me iba despertando lentamente de un sueño dulce—. ¡Cómo se les ocurre andar durmiendo con este sol! Se van a sancochar, pero con sal de mar. Miren, están más que rojos, medio morados

diría yo. —Era don Macanudo que

aleteaba de espanto al ver nuestro estado de cocción. Nos habíamos

quedado dormidos un largo

rato—. Y usted, joven Pedro,

¿qué tiene ahí en el pecho?

¿Un número ocho? —Don

Macanudo trataba de usted y

de joven a Pedro, en cambio

a mí me trataba de tú y de

Clemencita, lo cual ahora

comprendo, porque yo era

una lugareña y Pedro era un

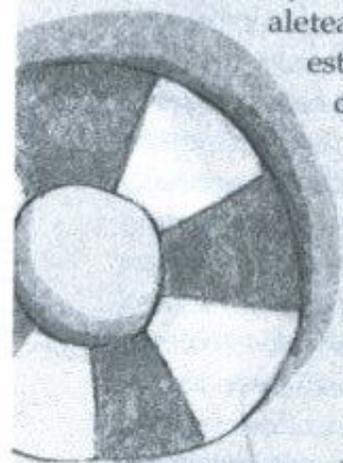
turista. Su familia era parte de

los clientes de don Macanudo; en

cambio yo era uno de «nosotros»,

como decía don Macanudo. Yo

lo quería mucho, pero nunca me





gustó esa diferencia que hacía entre «ellos» y «nosotros». Yo consideraba a todos iguales.

Resulta que el número ocho no era un número ocho, sino que una letra be mayúscula, una B. Yo no me demoré ni cinco segundos en descubrir el misterio de esa letra. Tenía que ser Blanca, que mientras nosotros dormíamos como angelitos, había venido deslizándose como serpiente sobre la arena y le chorreó bloqueador solar en el pecho a Pedro dibujándole la letra inicial de su nombre. Entonces, esa parte quedó más blanca que el resto, que era de un rojo intenso. Era como una forma de marcarlo como si fuese de su propiedad y yo me enfurecí con ella. Quise ir a pegarle una cachetada por hacer semejante maldad, pero no podía, porque los familiares de Blanca también eran clientes de mi mamá. Esa era otra de las razones por las cuales, a veces, no me gustaba ser pobre. Muchas veces uno no podía pegarle una cachetada a quien se la merecía.

Pedro también estaba indignado y él sí fue caminando a encarar a Blanca. A medida que avanzaba se fue poniendo la camiseta para tapar la letra B de su pecho. Pero la cobarde de Blanca no quería venir a conversar las cosas y se escondía detrás de su papá, el señor que tenía las cejas fruncidas detrás de sus anteojos

de sol, como si siempre estuviese enojado. Al final, Pedro la tuvo que obligar tirándola del brazo. Yo caminé hasta donde estaban. Tal vez no debería haber ido, pero ya que no podía pegarle la cachetada, por lo menos quería ver cómo Pedro la retaba.

—¡No seas tan exagerado, si te ves de lo mejor! Ahora eres mío —dijo ella con un tono irónico que me irritó tanto que tuve que apretar los dientes para aguantarme de no volarle los suyos de un puñetazo, ya no de una simple cachetada.

—No soy tuyo y nunca lo voy a ser —afirmó Pedro muy serio—. Yo que te ayudé a salir del agua cuando te estabas ahogando. ¡Eres una niña insoportable! —Y entonces, en ese preciso instante, Pedro me tomó la mano. Yo creo que fue para fastidiar a Blanca, pero ha sido uno de los momentos más maravillosos que he tenido en mi larga vida. La piel me ardía por la quemazón, pero más me ardía mi corazón de niña por la felicidad de sentir la mano de Pedro siendo la mía.

Lo siguiente que voy a contar fue lo que pasó esa noche y tiene que ver con lo entretenido, romántico y peligroso que significa hacer una fogata en la playa. Se trata de cómo jugamos con fuego.

5. Cómo jugamos con fuego



Caminamos con Pedro hasta el quitasol de sus papás y la mamá de él fue muy amable conmigo. Me untó una crema para las quemaduras que casi instantáneamente me quitó el ardor. Era una crema de las industrias Bob y Ben y se llamaba Antisol, lo cual me pareció un buen nombre, no muy original que digamos, pero explicativo.

Después de dar las gracias, fuimos con Pedro donde don Macanudo, que se encontraba en uno de sus trabajos, que era recoger los cochayuyos que botaba el mar en la arena. Cuando nos vio, se alegró y le dio el último tirón a una de esas plantas marinas que era particularmente grande y parecía cabellera de Medusa, con un color café anaranjado.

—¿Te podemos ayudar? —dijo Pedro—. Yo tengo fuerza —completó flectando sus brazos para mostrar sus bíceps, que en realidad eran muy flacuchos. Después, cuando fue grande, sí tuvo unos músculos de hombre rudo, pero

contar eso ya es salirse de la historia y mejor me mantengo concentrada en lo importante, que fue lo que nos dijo don Macanudo esa tarde, cuando el sol estaba empezando a ponerse y hacía que todo tuviese un color entre anaranjado y rojizo. Pedro se veía muy bien con esos colores en la cara y el cuerpo. Sé que hablo mucho de Pedro y de lo bonito que era, pero hay que comprender que era la primera vez que yo me sentía tan atraída por un hombre, aunque fuera todavía un niño un poco flacucho.

—No, joven Pedro, no se preocupe de nada, patrón —le dijo con una sonrisa tan amplia que mostraba sus dientes y también el espacio en la parte de atrás de su mandíbula en donde le faltaba una pieza dental—. Pero cuénteme, ¿ya pidió permiso para la fogata?

¿De cuál fogata hablaba? Yo sabía que los adolescentes a veces hacían fogatas en la playa en la noche, pero no los niños. Don Macanudo no me había contado nada de eso, lo cual me molestó un poco. Y es que reconozco que siempre me ha gustado saber todo de todo. Es parte de mi personalidad curiosa.

—¿De qué están hablando? —pregunté—. No me habías dicho nada de una fogata —le dije a don Macanudo.

Don Macanudo alcanzó a abrir la boca, pero fue Pedro quien me contestó.

—Vamos a hacer nuestra primera fogata nocturna en Santa Pereza —me dijo mirándome a los ojos con el mayor entusiasmo—. ¿No te parece genial?

—Pero eso es algo peligroso —señalé, sin estar muy convencida de lo que había afirmado.

—¡Esa es la gracia! Vamos a hacer una pira que llegue hasta las estrellas —exclamó fascinado—. Además, el que va a hacer la fogata va a ser don Macanudo, que es un adulto responsable, ¿verdad? —preguntó mirando a don Macanudo, quien asintió—. Nosotros seremos sus ayudantes.

—Sí, yo voy a traer un poco de leña y ustedes van a recoger algunas ramas secas del bosque —afirmó don Macanudo, como un general dando instrucciones a sus soldados. Don Macanudo se tomaba muy en serio estas cosas, ya que para él no era un juego de niños. Para nosotros, sí.

Ya estando todo decidido, subí a mi casa para cambiarme de ropa. Me puse mi vestido favorito, uno blanco con tiritas en los hombros. El color rojo había bajado mucho y la piel se me estaba poniendo más oscura. Entonces

se formaba un contraste entre la ropa blanca y la piel morena. Yo pensé que eso a Pedro le gustaría. Y así fue.

—¡Guau! Estás muy bonita —exclamó Pedro cuando nos juntamos en el lugar de la playa en que habíamos quedado con don Macanudo para hacer la fogata.

Yo era una niña tímida, así que cambié el tema de inmediato.

—Gracias —señalé, apresurada—. ¿Te costó mucho que te autorizaran tus papás? A mí me dio permiso mi mamá solo porque don Macanudo nos supervisaría. Me advirtió todo el rato que jugar con fuego era muy peligroso.

—La verdad es que no me costó nada —me respondió él, siempre tan alegre—. Mis papás confían mucho en mí. Y claro, por supuesto que les importaba que hubiese un adulto responsable.

El punto es que don Macanudo era más o menos adulto y más o menos responsable. Lo primero, porque no era muy bueno haciendo cosas de adulto, y lo segundo, porque cuando se entusiasmaba se le olvidaba la responsabilidad. Blanca decía que era retrasado, pero yo más bien pensaba que era adelantado, porque siempre era el primero en hacer lo que le pedían y en estar en el lugar donde se le necesitaba.

—Ya, menos cháchara y más movimiento —nos dijo don Macanudo—. Vayan a recolectar ramas secas de todos los tamaños que encuentren.

Nosotros corrimos hacia el bosque, que quedaba a unas pocas cuadras de la playa. Era fácil la ida porque partimos con los brazos vacíos, pero la vuelta fue terrible, ya que veníamos cargados como mulas. No habíamos calculado bien esa parte, pero no importa, porque estuve con Pedro todo el rato conversando mientras buscábamos las ramas. Las sanguijuelas ayudaban, pero traían cualquier cosa, hasta pasto. Nosotros los dejamos porque no queríamos arruinarles la diversión y resulta que después ese pasto seco le sirvió mucho a don Macanudo para encender el fuego.

Cuando volvimos, estaba Blanca sentada con algunas de sus amigas. Don Macanudo había hecho una especie de construcción con la leña y puso en el centro los palitos más delgados y el pasto seco que habían traído los niños.

Entonces prendió el fósforo. Jamás me habría imaginado que una llama tan chica pudiera transformarse en la enorme hoguera que tuvimos después. Nunca habría pensado en que algo tan inofensivo pudiera convertirse en algo tan peligroso. Para que se entienda

esto tengo que contar qué fue lo que pasó con la fogata. Espero recordarlo bien, porque han pasado muchísimos años. Aunque no es tanto problema, porque si se me olvida alguna parte, la puedo inventar.

Blanca se veía preciosa. Tenía un vestido rosado y se había hecho trenzas en el pelo. Ahora me doy cuenta de que yo era un poco celoso, porque no me gustó que Pedro la saludara tan efusivamente, pero es que Pedro era así con todo el mundo. Eso lo comprendo ahora, pero no tanto en esa época.

—¡Hola, te ves muy bien! —le dijo Pedro a Blanca. Yo sentí un inmenso calor de rabia dentro de mi cuerpo. Al menos a mí me había dicho que me veía bonita, pero no me gustó para nada que estuviera piropeando a cualquier niña que se le pusiera enfrente, especialmente si era una niña particularmente linda e insoportable como lo era Blanca.

—Hola —lo saludó ella—. Te quería pedir perdón por lo de la letra B en tu pecho. Fue una tontería.

Yo no sabía si creerle a Blanca o dudar de sus intenciones. Porque podía ser una artimaña para ponerse en la buena con Pedro. Yo sabía que a Blanca le gustaba Pedro, era obvio, aunque ella dijera lo contrario. Entonces ella era mi

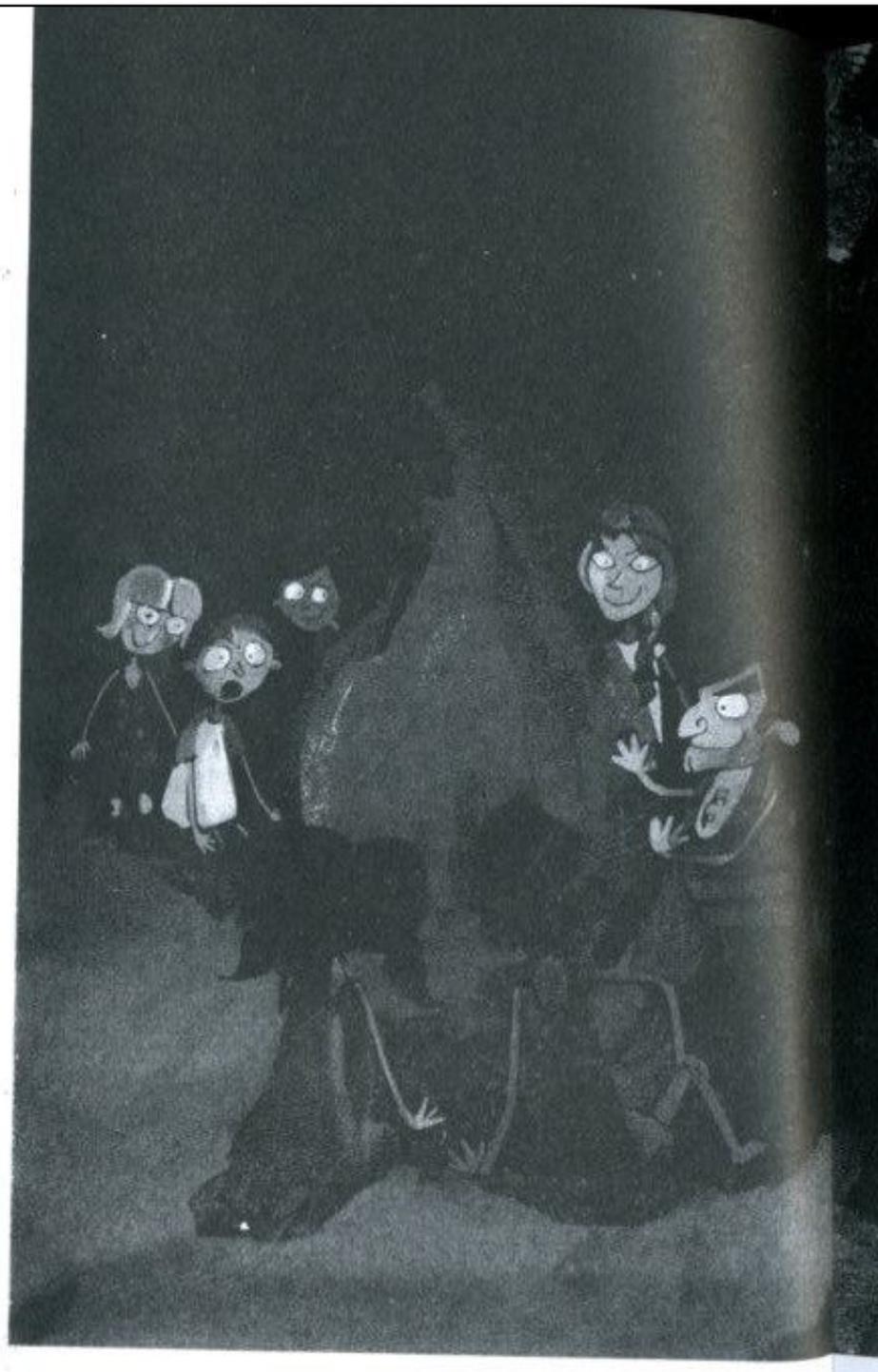
rival, mi contrincante. Y yo no estaba dispuesta a perder al niño que me gustaba así como así.

—Está bien —dijo Pedro—. No fue para tanto, en un par de días va a estar todo bien.

Sentí cólera, lo confieso, me indignó que la perdonara tan fácil. No podía ser todo tan simple. Me habría gustado que no le hubiera hablado nunca más, o bueno, tal vez por lo menos por algunos días. Pero no. Pedro era demasiado bueno y perdonaba a las personas con gran facilidad. Me sentí mala, porque yo no perdonaba a Blanca. Ahora, a mis años, entiendo perfecto que los combates más terribles son entre mujeres. En comparación, los de los hombres, incluidas las guerras mundiales, son cosa de niños.

Don Macanudo sopló el pequeño fuego que había iniciado en el centro de los leños, después siguió haciéndolo cuando el fuego encendió las ramas más delgadas y luego las tablas y troncos. Le llegaba muchísimo humo en los ojos.

—No te preocupes, Clemencita —me dijo adivinando mis pensamientos al ver mi cara de consternación—. Yo estoy acostumbrado y no me pican los ojos. —Esto último me pareció muy poco creíble, porque los tenía rojos de tan irritados y además lagrimeaba como si



estuviera llorando en el velorio de Batman, que era su superhéroe favorito.

Pronto la fogata creció y creció. Nos tuvimos que sentar un poco más lejos porque el calor era muy intenso. Yo quería acurrucarme en los brazos de Pedro, pero jamás me habría atrevido. La luz del fuego iluminaba nuestras caras y yo podía ver la de Blanca, sentada con sus amigas al otro lado de las llamas. Parecía una princesa del fuego, con la cara muy seria y los ojos penetrantes. No se sabía si estaba mirando las llamas o a Pedro, o tal vez a mí observando cómo el fuego se reflejaba en mis anteojos. Como fuera, era una mirada que se clavaba como la punta de una espada afilada.

El cielo estaba muy estrellado y la noche era fresca, pero agradable. De vez en cuando se escuchaba un búho que cantaba en el bosque. El movimiento de las llamas hacía que se proyectaran sombras que parecían estar haciendo un baile. Todo esto generaba un ambiente muy misterioso, pero al mismo tiempo encantador y romántico.

—Veamos quién puede ver una estrella fugaz —dijo Pedro y se recostó sobre la arena, quedando pegado a mí. Yo no me acosté, porque habría quedado encima de él. Solamente me limité a mirar hacia arriba, en donde casi no había luna y las estrellas se habían apoderado del firmamento.

Justo cuando estábamos en lo mejor, apareció Blanca y se sentó en medio de nosotros dos, aplastándonos a ambos, por lo que nos vimos obligados a hacerle un espacio.

—¿No estará demasiado alto el fuego de este chico? —nos preguntó. Sentí rabia porque por «este chico» se refería a don Macanudo, que en realidad no era muy alto, sino más bien bajo, pero era el verdadero guardián de la playa y se merecía respeto.

Sin embargo, Blanca tenía algo de razón. Las llamas de la fogata eran altísimas, casi como un incendio y los niños más pequeños estaban asustados.

—Don Mac —le dijo Pedro—. Ya estamos bien con el fuego, ¿no le parece? Yo creo que ya no necesita más leña.

Pero fue tarde.

La construcción de palos no resistió más y se derrumbó por completo, lanzando chispas para todas partes. El humo inundó todo el

ambiente y, a pesar de que escapamos como pudimos, casi nos asfixiamos. Eso no fue tan grave, pero sí lo fue que con todo el chisporroteo, una pequeña brasa incandescente le cayó en el pelo a Blanca y le quemó buena parte de su chasquilla.

Don Macanudo saltó encima de ella y con una manta le tapó la cabeza para apagar el fuego. Ella gritaba, lloraba y pataleaba hasta que se soltó y se sacó la frazada de encima. Su rostro mostraba terror y furia al mismo tiempo.

—¡Desgraciado! ¡Hombre loco, retrasado! —le gritó Blanca a don Macanudo, quien tenía cara de afligido—. ¡Esto se va a saber! Ahora mismo le voy a contar a mi papá y seguro que él te va a meter en la cárcel.

Entonces se dio media vuelta y se fue llorando, junto con sus amigas, que la siguieron como súbditas.

Don Macanudo seguía quieto bajo el cielo estrellado, con un semblante de profunda tristeza. Yo sabía que las palabras de Blanca le habían herido profundamente el corazón, especialmente que lo tratara de retrasado. Ese era un tema delicado para él, porque en realidad muchas veces las cosas no le resultaban bien, como ahora.

—Ya, Clemencita, ayúdeme a apagar el fuego con la arena —me dijo después de un largo suspiro y me puse manos a la obra de inmediato.

Todos ayudaron y pronto no quedó ni un solo palo encendido. Pero todos estábamos preocupados por lo que el papá de Blanca le pudiera hacer a don Macanudo. Él dijo que se iba a quedar sentado esperando por si lo iban a buscar y nos obligó a volver a nuestras casas. Eso nos hizo quedar muy nerviosos, pero le hicimos caso.

—Buenas noches, Pedro —me despedí.

—Buenas noches, Clemencia —me dijo y me dio un beso en la mejilla. Eso me alegró mucho, pero de todas formas seguía angustiada pensando en la suerte que correría don Macanudo.

Al día siguiente sabríamos qué fue lo que había pasado entre don Macanudo y el papá de Blanca. Sería el día en que averiguaríamos cómo don Macanudo se salvó de ir a la cárcel gracias a un castillo de arena.

6. Cómo don Macanudo se salvó de ir a la cárcel por un castillo de arena



La mañana amaneció soleada cual espléndido día de verano. Seguramente haría tanto calor como el día anterior, o quizás incluso más. La comisaría relucía radiante recibiendo los rayos que llegaban del cielo. El jefe de la policía era un señor que alguna vez había sido atlético; de hecho, parece que alguna vez fue atleta. Pero esos tiempos ya habían pasado y ahora su abdomen era abultado, al punto de que los botones de su camisa parecían que iban a salir disparados. Tal vez sería su forma de mantener asustado a quien se le pusiera por delante, con esto de que en cualquier momento podría recibir el impacto de un botón volador. O tal vez era simple vanidad y el policía se negaba a vestir una camisa de su nueva talla, una que le calzara a su cuerpo macizo, especialmente a su abultado abdomen, por no decir panza.

A primera hora llegó el papá de Blanca a hacer una denuncia por cuasidelito de femicidio, femicidio frustrado o algo parecido. El punto es que iba a pedir que encarcelaran a don Macanudo porque una chispa le había quemado la punta de algunos de los pelos de su casquilla o flequillo, como también le dicen.

Esto, para el jefe de la policía, era todo un problema, porque justo ese día era el concurso de castillos de arena y don Macanudo era el organizador y el juez principal. De hecho, había sido él a quien se le ocurrió la idea de hacer el concurso hace un montón de años.

Entonces, luego de una fuerte discusión, en la que el papá de Blanca fruncía cada vez más sus cejas, finalmente llegaron al acuerdo de que verían el caso del pelo quemado al día siguiente. Esto no dejó para nada contento al papá de Blanca, pero por esta vez tuvo que conformarse o, mejor dicho, aguantarse. Esta fue la segunda vez que el papá de Blanca se enojó con don Macanudo y fue mucho más fuerte que la primera, aunque mucho más suave de lo que sería la tercera. Pero no me quiero adelantar y por ahora voy a contar cómo fue el campeonato de castillos de arena, con don Macanudo incluido.

A las doce del día sonó la sirena de los bomberos, no porque hubiese un incendio, ni

x siquiera por algún caso de pelo quemado, sino para que la gente supiera que eran las doce en punto y se apuraran si es que estaban atrasados con sus quehaceres o para que se relajaran si es que estaban adelantados.

Fue el momento en que empezó la competencia. Había diez grupos de participantes. Varios construían castillos o palacios, pero otros se aventuraron con diseños más singulares. Unos hicieron una sirena (no la de los bomberos, sino de las que viven en el mar), otros crearon un tiburón varado en la costa, e incluso unos formaron un estadio de fútbol con marcador de goles y todo. Esta última figura fue la que más le gustó a don Macanudo y la anotó en el papel que llevaba, en el que tenía las evaluaciones de todos los castillos o, mejor dicho, esculturas de arena.

Pedro y yo acompañamos a don Macanudo a recorrer la playa. Íbamos con polera y, en el caso de Pedro, hasta con gorro para protegerse del sol. Fue muy entretenido opinar y hacer nuestros comentarios en secreto. Nosotros no éramos jueces, pero la gente nos miraba como si lo fuésemos y eso nos hacía sentir grandes e importantes. Varios nos pedían por favor que su escultura de arena fuera la ganadora, incluso algunos nos ofrecieron un Engordelado, a

lo cual nosotros respondimos terminantemente que no, un tanto porque era poco ético, otro porque nosotros ni siquiera éramos jueces, pero principalmente porque nos daba asco el solo pensar en aquellos helados cremosos de la fábrica de Bob y Ben.

Finalmente, llegó el momento de definir al ganador. Los jueces deliberaron en secreto y luego anunciaron que el gran campeón era el del estadio. El equipo que lo armó era una familia con muchos niños y todos saltaban de júbilo. Los demás quedaron con las caras largas, otros se lo tomaron



a la liviana diciendo que lo importante era competir y algunos siguieron reclamando un buen rato porque consideraban que la decisión había sido injusta.

Caminamos hasta la escultura premiada para que les sacaran la foto a los ganadores con los jueces. Don Macanudo sostuvo el diploma en sus manos haciendo el gesto de entregárselo a la mamá de los niños, pero quedándose inmóvil para posar.

—¡Que vivan los ganadores! —exclamó don Macanudo.

—¡Vivan! —gritamos todos.

—¡Y que viva la libertad de los inocentes!

—agregó el guardián de la bahía.



—¡Viva! —dijeron algunos, porque la mayoría no entendió a qué se refería don Macanudo, que estaba un poco prófugo de la justicia, aunque el jefe de la policía era otro de los jueces.

—¡Y que viva el estadio! —exclamó Blanca y saltó para caer en medio de la escultura, en lo que vendría siendo la cancha—. ¡Viva, viva! ¡Gool! ¡Golazo!

Se puso a hacer como si fuera una futbolista y pateó todo a su alrededor, como un monstruo gigante destruyendo la edificación.

—¡Nooo! —gritó la familia ganadora al unísono—. ¡No hagas eso!

A don Macanudo se lo vio furioso, cosa muy rara en él, ya que siempre tenía buen ánimo. Pero no pudo hacer nada, porque unos cuantos pasos más allá estaban las cejas del papá de Blanca pegadas al ceño fruncido, que era parte de la cara y de la cabeza y del cuerpo entero del hombre malgenio que era el papá de Blanca.

El estadio quedó en ruinas.

—¡Qué más da! —dijo la niña malcriada—. Si total, después igual se lo iba a llevar el mar y ya tenían su foto y su premio. ¿Qué más querían?

Los integrantes de la familia ganadora, que conocían al papá de Blanca, prefirieron

quedarse callados y no reclamar. Se mordían los labios de rabia, pero no hicieron nada. Al parecer, muchos le temían a ese señor. El pobre don Macanudo le pidió disculpas a la familia, aunque él no era culpable de nada, solamente de una pequeña inflamación capilar, pero eso no tenía nada que ver con el concurso. Blanca se fue corriendo al quitasol de su familia y se refugió ahí, riéndose.

Nosotros consolamos a la familia ganadora con su estadio hecho polvo, mejor dicho hecho arena desarmada. También consolamos a don Macanudo, porque sabíamos que para él el concurso era algo muy importante.

Ya atardecía y el sol comenzaba a meterse en el mar. Sopló un poco de viento y Pedro me abrazó. Ese ha sido uno de los momentos más felices de mi vida. Y eso que cuando uno llega a viejo se puede juntar un montón de momentos felices.

—¿Quieres que nos reunamos en la casa abandonada a contar historias de miedo esta noche? —me preguntó y me iluminé aún más de contenta de lo que estaba.

—¡Claro! ¿Podemos decirle a don Macanudo?

—Por supuesto, él es el que cuenta las mejores y más terroríficas.

Fuimos donde don Macanudo y le propusimos que si esta iba a ser su última noche libre en su vida, podría ser muy entretenido despedirse de la libertad contando historias de susto. A él se le abrieron mucho los ojos hasta parecer un guarisapo de tanto entusiasmo que sentía.

Esa noche nos esperaban historias de terror inventadas, pero también historias de terror muy reales.

7. Cómo contar historias de terror reales



La cabaña abandonada era simplemente eso: una casucha que la habían abandonado hace años. Quedaba en el extremo opuesto a mi casa, al otro lado de la playa de Santa Peraza, mucho más allá que la casa de Blanca, que era la última casa habitada de ese sector.

Estaba prohibido ir a jugar a la cabaña abandonada. Esa era una de las principales razones por las cuales queríamos ir para allá. Los adultos parecen no entender cómo piensan los niños, porque si dicen que algo está prohibido, más ganas dan de hacerlo. Además que la cabaña abandonada era el lugar ideal para contar historias de terror. Se encontraba justo frente al mar, sobre una roca escarpada, y cuando las olas reventaban se escuchaba como si fuera el rugido de alguna fiera o monstruo marino. Sus puertas rechinaban con el viento que se colaba entre las maderas y, en días de luna llena, se veía de un color plateado fantasmagórico.

Llegamos todos, Pedro, don Macanudo y yo, incluidos los niños más chicos que nosotros, cuyos nombres no logro recordar.

Nos sentamos en el suelo haciendo un círculo, y pusimos una vela al centro. Esto ya le daba un aire aún más misterioso a la cabaña abandonada y yo sentía escalofríos, siendo que todavía no se contaba ni una sola historia de miedo. Cuando chocó una ola grande, me aferré instintivamente a Pedro, pero después lo solté, porque me dio vergüenza. Él me abrazó por un momento y me dijo que no me preocupara, que si la casa abandonada había aguantado tantos años ahí, no iba a ser justo ahora la vez que se viniera abajo. Yo sabía que Pedro estaba al tanto de que él a mí me gustaba. Y yo creía que yo le gustaba a él, pero no estaba totalmente segura. Eso me ponía muy nerviosa; me habría gustado que me diera alguna señal o que me dijera algo para saber si en verdad él quería ser más que un amigo.

Justo en ese momento llegó Blanca, casi como un espíritu salido de la nada, en completo silencio. Yo di un salto de la impresión y sin querer asusté a las sanguijuelas, que ya se estaban arrepintiendo de haber ido a aquel encuentro siniestro.

—¿Puedo entrar? —preguntó con el rostro serio, con un aire un poco al de su papá.

—Sí, claro, señorita Blanca —le respondió don Macanudo y le hizo un espacio para que se sentara—. Vamos a contar cuentos de susto. ¿Le parece bien?

—Sí, lo sé —respondió ella como si fuera un fantasma—. Y además puedo afirmar que la historia que les voy a contar va a ser la más aterradora de todas —entonces hizo una pausa que nos dejó a todos con el cuello estirado de tanta curiosidad y luego habló con voz tenebrosa—, porque es una historia de la vida real.

Todos temblamos de miedo al oírla decir esas palabras con tanta calma, parada muy erguida, con su pelo liso cayéndole por los hombros.

El primero en contar fue don Macanudo, quien hizo que nos acercáramos a la vela, que chorreaba cera sobre el plato en que estaba puesta.

—Les voy a contar una historia de pescadores —comenzó diciendo como contando un gran secreto—. Se trata de un monstruo marino llamado Winkún-Huanka Chun-Huanka, pero que todos lo conocen sencillamente como el Winkún. Esta bestia era una especie de serpiente marina que vivía en el fondo del mar, pero que al ver cómo los hombres destruían la fauna del océano, acudió donde Poseidón,

rey de los mares, y le pidió ser capaz de salir del agua y respirar aire, todo para vengarse. Poseidón

le concedió esta habilidad a cambio de que le llevara la cabeza de un niño humano, que era la última que le faltaba en su salón de trofeos. Por cada día que no cumpliera con su parte del acuerdo, a la serpiente marina le crecería una púa en el lomo en vez de escama. Así fue como el Winkún salió del agua una noche y se arrastró hasta el bosque que queda aquí cerca, donde ustedes juegan de día. Este monstruo trepó deslizándose por el tronco de un árbol y se enlazó a una rama. Allí se quedó esperando en la oscuridad. La primera noche no pasó ningún niño, pero sí un par de pescadores que se iban a hacer a la mar en la madrugada. De un salto se aferró al cuello del hombre y lo apretó hasta ahorcarlo. El otro amigo corrió y no alcanzó a ver cuando le terminaba de cortar la cabeza al pobre pescador. Cuando el Winkún llegó donde Poseidón, este se enfureció al ver

—Sí, claro, señorita Blanca —le respondió don Macanudo y le hizo un espacio para que se sentara—. Vamos a contar cuentos de susto. ¿Le parece bien?

—Sí, lo sé —respondió ella como si fuera un fantasma—. Y además puedo afirmar que la historia que les voy a contar va a ser la más aterradora de todas —entonces hizo una pausa que nos dejó a todos con el cuello estirado de tanta curiosidad y luego habló con voz tenebrosa—, porque es una historia de la vida real.

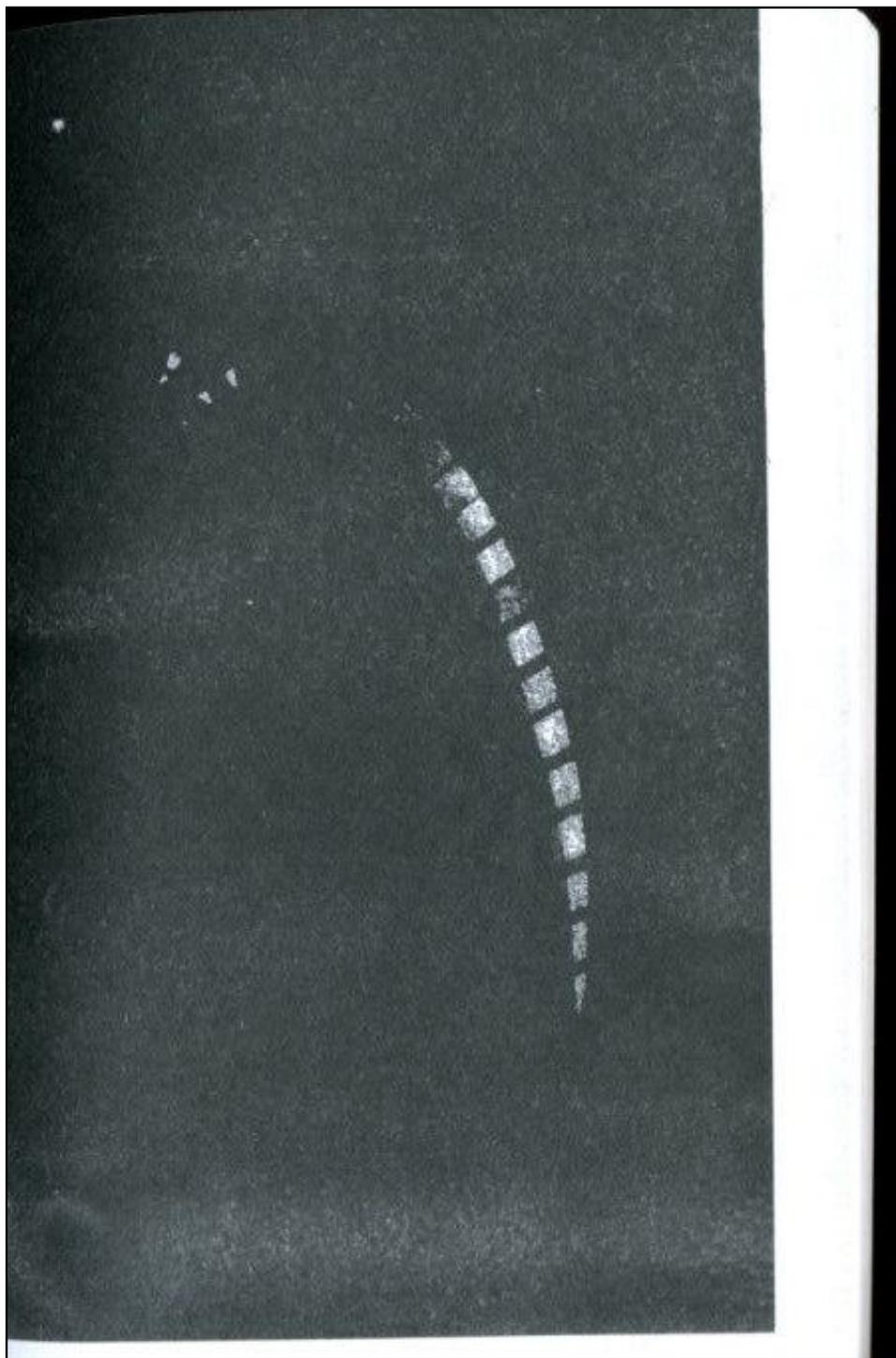
Todos temblamos de miedo al oírla decir esas palabras con tanta calma, parada muy erguida, con su pelo liso cayéndole por los hombros.

El primero en contar fue don Macanudo, quien hizo que nos acercáramos a la vela, que chorreaba cera sobre el plato en que estaba puesta.

—Les voy a contar una historia de pescadores —comenzó diciendo como contando un gran secreto—. Se trata de un monstruo marino llamado Winkún-Huanka Chun-Huanka, pero que todos lo conocen sencillamente como el Winkún. Esta bestia era una especie de serpiente marina que vivía en el fondo del mar, pero que al ver cómo los hombres destruían la fauna del océano, acudió donde Poseidón,

rey de los mares, y le pidió ser capaz de salir del agua y respirar aire, todo para vengarse. Poseidón

le concedió esta habilidad a cambio de que le llevara la cabeza de un niño humano, que era la última que le faltaba en su salón de trofeos. Por cada día que no cumpliera con su parte del acuerdo, a la serpiente marina le crecería una púa en el lomo en vez de escama. Así fue como el Winkún salió del agua una noche y se arrastró hasta el bosque que queda aquí cerca, donde ustedes juegan de día. Este monstruo trepó deslizándose por el tronco de un árbol y se enlazó a una rama. Allí se quedó esperando en la oscuridad. La primera noche no pasó ningún niño, pero sí un par de pescadores que se iban a hacer a la mar en la madrugada. De un salto se aferró al cuello del hombre y lo apretó hasta ahorcarlo. El otro amigo corrió y no alcanzó a ver cuando le terminaba de cortar la cabeza al pobre pescador. Cuando el Winkún llegó donde Poseidón, este se enfureció al ver



que no era la cabeza de un niño, sino que la de un adulto, y con un movimiento de su fuerte brazo le hizo salir una púa en la espalda a la serpiente, lo cual le causó un inmenso dolor y aumentó sus deseos de venganza hacia los hombres, y ahora especialmente su ira hacia los niños. Así pasaron días y días y nunca el Winkún pudo encontrar a un niño, así que decidió no buscar más en el bosque y vino hacia esta cabaña abandonada. Al llegar vio una pequeña luz, como de vela, encendida y avanzó muy lentamente. Entró con sigilo y de pronto...

En ese momento Pedro, que se había levantado sin que las sanguijuelas se dieran cuenta, le puso sus manos alrededor del cuello a uno de ellos.

—¡Brum! ¡Le cortó el cogote! —exclamó para terminar.

El grito del niño se debe haber escuchado hasta el más allá, porque casi se desmaya de la impresión.

Pedro se rió a carcajadas en complicidad con don Macanudo. Yo lo miré seria, porque no me parecía bien que asustaran tanto a los niños más chicos.

—Es solo un juego —me respondió, todavía secándose las lágrimas de la risa—. Míralos, están felices.

Pero no era así. Mostraban sus dientes, pero no eran risas, sino gestos de terror. Pidieron irse y don Macanudo les dijo que sí, que se fueran con cuidado por el camino, ya que podría aparecerles el Winkún-Huanka Chun-Huanka.

Luego que los niños se fueron, quedamos solos Blanca, Pedro, don Macanudo y yo.

—¿Seguimos jugando o paramos? —pregunté.

—Claro que seguimos con las historias —me dijo Blanca—. Y no es ningún juego, ya lo verás.

Nos sentamos frente a la vela, cada uno dándole la espalda a una de las esquinas de la pieza. Los ojos de Blanca brillaban con la luz de la llama, pero más parecía como si tuvieran fuego propio.

—Yo sé la verdadera razón de por qué esta casa está abandonada —inició su relato—. Lo sé porque me lo contó mi papá, para que siempre estuviera prevenida —Pedro me lanzó una mirada de entusiasmo, pero yo estaba nerviosa de verdad, porque de Blanca se podía esperar cualquier cosa—. Aquí vivían tres personas: el padre, la madre y una hija. El papá era alcohólico y se emborrachaba todas las noches —en ese momento estoy segura de que Blanca me

miró por el borde del ojo, como si supiera la historia de mi papá, que era un bebedor—. Entonces, ocurrió un día que un hombre malo se enteró de que el padre tomaba y quedaba tan borracho que no sería capaz de defender a su familia. Así fue que decidió asaltar la casa en la noche. A la luz de la luna esperó a que el padre estuviera en un pésimo estado y entonces entró por una ventana, rompiendo el vidrio con una piedra. La mujer gritó y se abalanzó sobre el hombre malo, pero este sacó un cuchillo y se lo enterró en el corazón. Luego, fue donde el borracho, que estaba tendido sobre un sillón en esa muralla. —Indicó el muro que estaba entre don Macanudo y Pedro— y también le clavó el cuchillo, matándolo al instante. Entonces solo quedaba la niña, que tiritaba de miedo y tenía la cara llena de lágrimas —en ese momento sentí que una lágrima estaba corriendo por mi mejilla—. El hombre malo escondió los cuerpos y secuestró a la niña. Al principio, no levantó sospecha, pero cuando ya habían pasado varios días en que nadie veía a la niña en el colegio ni en la caleta, entonces fueron a la casa a buscarla. Cuando llegaron, el hombre malo los sintió y se lanzó en clavado hacia el mar. Lo buscaron por todas partes, pero nunca pudieron encontrarlo.

Todos quedamos helados y paralizados.

—¿Y qué había hecho el hombre malo esos días en que la tuvo secuestrada?

Blanca respondió pausadamente.

—Ella nunca lo contó. Guardó silencio para siempre.

Yo no resistí más y me eché a llorar. Pensaba que el hombre alcohólico perfectamente podría haber sido mi padre, y que mi mamá y yo quedábamos desprotegidas cuando él se emborrachaba y que la historia que había contado Blanca me podría haber pasado a mí, y que el hombre malo podría andar rondando todavía. Me quería ir cuanto antes. Don Macanudo comprendió y dio por terminado el juego.

—Ya, niños, es hora de que se vayan a sus casas. Mañana será otro día —dijo, tratando de esbozar una sonrisa.

Pasamos a dejar a Blanca, que se despidió con una sonrisa que me pareció maléfica y fría y luego Pedro me acompañó hasta mi casa.

—Son solamente historias —afirmó para consolarme.

Esa noche apenas pude dormir. Las imágenes del padre bebedor, del hombre malo, de la madre y, especialmente, de la niña perturbaban mis pensamientos. Por suerte, el día siguiente sería espléndido. Las cosas pueden

cambiar mucho de un día para otro. Aunque parezca increíble (y sé que ya he contado varias cosas impresionantes), al día siguiente volaría montada arriba de un caballo fantástico. Y bueno, como son las cosas, también don Macanudo se comería una abeja.

8. Cómo volé montada en un caballo y cómo don Macanudo se comió una abeja



Nos subimos a la lancha con cuidado de no resbalarnos. Nos pusimos los chalecos salvavidas, que eran un poco grandes para nosotros, y nos sentamos a esperar la partida. La lancha era preciosa, muy moderna y cómoda. Un amigo del papá de Pedro se la había prestado. Antes de que encendieran el motor, ya nos habían servido un vaso con bebida con hielo a cada uno. El sol resplandecía y sus rayos brillantes se reflejaban en la blanca cubierta. Me sentía en uno de esos cruceros de lujo de la televisión.

Pedro tenía tres hermanos mayores: dos mujeres y otro hombre más. Cada uno había invitado a un amigo. Pedro tenía un amigo-amigo del colegio a quien siempre invitaba en estas aventuras, pero él todavía no llegaba a mi playa; bueno, a nuestra playa. Por eso creo que Pedro me había convidado a mí, pero no

me importaba ser una reemplazante, ya que estaba feliz de la vida.

La lancha andaba muy rápido, mucho más que un simple bote a remos. Por eso el viento era fuerte y tuve que sujetarme el gorro que había llevado para protegerme del sol y para que Pedro me encontrara bonita. La mamá de él me prestó unos anteojos oscuros y me dijo que quedaba igual que una actriz de película francesa. Yo me sentía glamorosa y comprendía perfectamente por qué la gente con más dinero disfrutaba tanto de su estilo de vida. No sentía envidia, pero me daba cuenta de lo fácil que es acostumbrarse a las cosas buenas.

—¡Miren, ahí están los caballos! —gritó Pedro apuntando con su brazo estirado.

En la orilla se encontraba don Macanudo con caballos para casi todos. Solo le había faltado uno, así que se había conseguido un burro para él.

Don Macanudo se había salvado del papá de Blanca y tal vez hasta de la cárcel porque el papá de Pedro lo había convencido, diciéndole que necesitaba a don Macanudo para el paseo a caballo. Al principio el papá de Blanca no había accedido, alegando que llegaría hasta las últimas consecuencias, pero después aceptó a regañadientes, al tomar en cuenta que

su hija había destruido la escultura de arena ganadora.

El lugar al que llegamos era precioso. La arena era casi blanca, muy fina y no se calentaba tanto con el sol. Al tomarla se deslizaba suavemente por entre los dedos, haciendo cosquillas. Bordeando la playa había un bosque muy tupido y no se veía la forma de cruzarlo, pero seguro que don Macanudo conocía el camino, porque por alguna parte tenía que haber traído a todos los caballos y, bueno, al burro también.

—Afírmese bien con las piernas en la montura, señorita Clemencia —me dijo don Macanudo al ayudarme a subir a la potranca que se suponía era la más mansa de todos—. Y sujete fuerte las riendas, recuerde que la que manda es usted, no la yegua.

—Ya —asentí pensando en seguir las indicaciones de don Macanudo al pie de la letra, porque por algo él era el amo y señor de la bahía, o al menos para mí lo era cuando yo era una niña, tantos años atrás. Me llamó la atención que me tratara de usted, ahora que iba con la familia de Pedro. Me pareció que yo era ahora uno de "ellos" y no uno de "nosotros", al menos en esta ocasión. Me habría gustado más que me tuteara, como siempre, pero no quise incomodarlo.

Cuando estuvimos todos montados, don Macanudo se subió a su burro. Mientras nosotros galopábamos la playa, él trotaba siguiéndonos como podía, a duras penas, tanto él como el pobre animal.

—¡No se te vaya a perder el pollino! —le gritó el papá de Pedro con una sonrisa. En ese entonces no entendí el chiste y pensé que se trataba de un pollo. Pero ahora, que he tenido tiempo para leer un montón de libros, sé que se trataba de una parte del Quijote en la que se pierde el burro, al cual también se le puede decir pollino, y después aparece sin explicación, es decir, que Cervantes se equivocó. Eso demuestra que hasta los más grandes genios pueden cometer errores. Y los que no son genios, también.

Yo pensé que más que el pollino o pollito o lo que fuera que se iba a perder eran los riñones de don Macanudo los que iban a pasar a pérdida, con tanto zangoloteo de un lado para el otro, sacudiéndose de arriba abajo como una pelota saltarina.

—No se preocupen, yo estoy acostumbrado —nos dijo, pero lo dudé y lo sigo dudando hasta el día de hoy, porque hacía gestos de dolor con cada paso que el burro daba.

Me daba lástima verlo tan compungido, pero la verdad, lo reconozco, es que don

Macanudo no era mi mayor preocupación en ese momento, sino que galopar por la orilla del mar junto a Pedro. Él me propuso hacer carreras, pero a mí me daba miedo; yo prefería galopar a una velocidad más lenta para no perder el control.

—Galopa fuerte tú hasta el final de la playa y vuelves —le dije.

Él indicó que sí y se lanzó raudo como una flecha. Mi caballo como que quiso partir detrás del de Pedro, pero yo le tiré firme la rienda para que supiera quién mandaba, tal como me había dicho don Macanudo. Después, Pedro volvió acezando casi tanto como el caballo. Era muy buen jinete y se veía impresionante en su caballo alazán. Era como un príncipe de cuento, o al menos eso me pareció en esa época y me sigue pareciendo ahora que recuerdo ese momento todos estos años después de haberlo vivido.

La siguiente parte del paseo era internarnos en el bosque, pero hubo un problema. El burro de don Macanudo no quiso caminar más, se aburría como burro que era y se quedó inmóvil.

—Parece que se empacó este bicho —dijo don Macanudo parado en la arena y tirando con todas sus fuerzas para que el animal diera por

lo menos un paso, pero sin conseguir nada— Y cuando a este le baja la soberbia no hay quien lo mueva. Se debe haber cansado con tanto traqueteo. Vamos a tener que dejarlo aquí nomás, yo me voy trotando al lado de ustedes.

—Cómo se te ocurre eso —le dijo la mamá de Pedro—. Podemos juntar a dos niños en un mismo caballo y tú usas el que quede libre. —Entonces miró a su hijo menor—. ¿Pedro, tú podrías llevar a Clemencia contigo? —le preguntó con una sonrisa capciosa, como a veces hacen las mamás.



A Pedro le pareció una excelente idea. A mí también, pero me ruboricé. Hasta el día de hoy me pongo roja cuando algo me da nervios o vergüenza y en este caso eran las dos cosas: una por el susto de andar en el caballo de Pedro, que era el más grande, y la otra por ir propiamente con Pedro, que me gustaba, pero yo no quería que se me notara.

Don Macanudo enterró una estaca en la arena junto a su pollino y lo amarró, no fuera a ser que justo se le ocurriera empezar a caminar cuando nosotros no estuviéramos. Él montó la yegua mansita en la que yo había cabalgado antes y me subí al anca del caballo alazán y como de príncipe de Pedro.

—Abrazame bien fuerte, Clemencia —me dijo y yo así lo hice, sintiendo mi cuerpo pegado a la espalda de él. No pude resistirlo y cerré los ojos con mi mejilla apoyada en el hombro de Pedro para disfrutar el momento.

Entonces comenzó el paseo y nos internamos en la foresta, que consistía principalmente en pinos, abedules y un montón de zarzas. Por suerte, yo había llevado pantalones y zapatos cerrados, porque si no, me habría rasmillado entera.

Dentro del bosque no galopábamos, ni siquiera trotábamos, sino que los caballos caminaban dándose tiempo incluso de agachar el

cuello para tirar alguna champa de pasto. Había algunos molestos mosquitos que los caballos espantaban con la cola y que yo aplastaba dándome cachetadas a mí misma. El sol entraba por las copas de los árboles y manchaba el suelo con pedazos más claros, dejando las otras partes un poco más oscuras, como en un cuadro. Yo tenía mi cara justo al frente de la nuca de Pedro. Si hubiese querido, le podría haber dado un beso en el cuello, pero jamás me hubiese atrevido. Pero al menos sí me atreví a pensarlo y solo eso ya me ponía contenta.

Como íbamos tan felices conversando y mirando el paisaje, nos quedamos atrás y perdimos el rumbo que marcaba don Macanudo. Miramos para un lado y para el otro, pero no vimos ni rastro de la comitiva. Al poco rato empezamos a escuchar los gritos de "¡Pedro!" y "¡Clemencia!" por entre el follaje. Nosotros contestamos "¡aquí!" y avanzamos hacia el lugar desde donde provenían los llamados.

No fue difícil encontrarlos, pero sí hubo un problema. Por alguna razón, el camino que nosotros seguimos nos dejó en un claro del bosque a un lado de un canal y al resto, es decir a los papás de Pedro, sus hermanos y los amigos de sus hermanos, al otro. No era un canal demasiado ancho, pero sí lo suficiente como para que no

se pudiera saltar, a menos que uno lo saltara a caballo. Nunca olvidaré la cara de fascinación de Pedro al darse cuenta de que la mejor idea era dar un salto a caballo, los dos arriba de su corcel.

La mamá de Pedro le dijo que tuviera cuidado y ese tipo de cosas, pero nada más que por cumplir con su rol de madre, porque ella sabía que Pedro era un muy buen jinete. Don Macanudo había ofrecido cruzar nadando sujetándome con los brazos, pero esa idea tan mala fue rechazada, porque garantizaba que ambos quedaríamos empapados.

Entonces llegó el momento. Tomamos distancia y dimos la vuelta para enfrentar el canal. El caballo alazán se quedó quieto y una suave brisa marina le movía los pelos de la tusa.

—¡Yiiiiaaa! —gritó Pedro y le apretó el abdomen al caballo con los talones, al mismo tiempo que sacudía con fuerza la rienda.

Empezamos un galope a toda velocidad, directo hacia el agua que nos separaba del resto del grupo. Al llegar al canal, el caballo, gracias a Dios, no rehusó, lo cual habría sido un desastre fatal, sino que dio un maravilloso salto por el aire. Fue como en cámara lenta, volando abrazada a Pedro sobre un caballo rojo al atardecer. Parecía como si el caballo y nosotros emitiéramos un fulgor propio, ilumi-

nando lo que nos rodeaba. Pedro era el príncipe y yo su princesa y estaríamos siempre juntos. El caballo era igual al que me había dejado mi papá, pero de verdad. Ese es uno de los recuerdos más lindos de mi infancia y lo conservo intacto hasta el día de hoy.

Después vino el picnic.

La mamá de Pedro estiró un chal sobre el pasto y sacó un canasto lleno de comida deliciosa. Panes, jamón, queso, mermelada, frutas y hasta un postre de manzana y una torta de manjar con nueces. Todos nos abalanzamos sobre la comida sin pudor, porque ya estábamos que nos desmayábamos de hambre. Comimos con fruición, es decir, con muchas ganas, y don Macanudo gozó como un niño. Eso, hasta el momento en que mascó su sándwich sin darse cuenta de que tenía una abeja. El insecto lo picó justo en el labio. Fue increíble, pero no gritó, solamente se puso café, porque por su color de piel oscuro no se ponía rojo. Hizo unos gestos de dolor horribles y, en vez de escupir la abeja, se la tragó.

—¡Pero qué hace, hombre! —le dijo el papá de Pedro.

—No se preocupe, patrón, yo estoy acostumbrado.

Yo pensé que don Macanudo había cometido el peor error de su vida, porque se me ocurrió que la abeja lo seguiría picando por la garganta hasta el estómago. No fue así, pero con la picadura en el labio bastó y sobró. Se le inflamó como un salvavidas de niño, de esos que son como una redondela. Lo tenía tan hinchado que apenas se le entendía lo que decía.

—Yo edoi acotungao, no e reocupen —nos dijo, pero la mamá y el papá de Pedro no lo dejaron así, sino que decidieron volver inmediatamente para llevar a don Macanudo al servicio de urgencia.

—¡Cómo se le ocurre afirmar que está acostumbrado, hombre! —exclamó el papá de Pedro—. Mire la tremenda alergia que le está dando. Súbase acá y vamos volando.

Así nos volvimos: el papá de Pedro se fue muy rápido con don Macanudo al anca y yo, de nuevo en mi fiel yegua. Iba pensando en que se recuperara pronto, pero también recordaba el fabuloso salto que habíamos dado Pedro y yo. El papá de Pedro habrá ido muy rápido, pero no volando como había dicho. Los que realmente habíamos volado éramos nosotros, Pedro y yo, o al menos tenía esa opinión.

Lo que no me imaginaba era que al día siguiente ocurriría un salto mucho más espectacular y que los papás prohibirían que los niños estuvieran con don Macanudo.

9. Cómo hacer un salto mortal y por qué nos prohibieron estar con don Macanudo



El día amaneció con un maravilloso sol de verano. Yo me levanté temprano para ayudar a mi mamá con el lavado, secado y planchado de la ropa, que era un montón, porque había un montón de veraneantes que sabían que mi mamá les dejaba la ropa impecable y en montones muy ordenados. Es decir, montones y más montones.

Después bajé a la playa, pero todavía era demasiado temprano como para que Pedro o alguno de los otros niños estuviera. Sí me encontré con don Macanudo, que acomodaba las estrellas de mar y conchas que tenía para la venta.

—¡Hola! —le dije, con mis brazos cruzados en la espalda.

Él levantó la vista y me miró con una sonrisa tan grande como el sol.

—¡Hola, Clemencita! ¿Cómo estás tú? ¿Me quieres ayudar a terminar de ordenar mis productos en el mostrador? Mira, en esa red de pescador que cuelga de la mesa pones las estrellas de mar. Se ve macanudo, ¿verdad? —me preguntó orgulloso y a toda velocidad.

Yo asentí en silencio y lo ayudé tal como él me lo había pedido. Don Macanudo siempre estaba alegre y parecía que nada lo afectaba. Eso a mí me resultaba extraño y me hacía pensar que sí había cosas que lo ponían triste, pero que las disimulaba y trataba de no pensar en ellas. Ahora que soy vieja comprendo que es una forma de lidiar con los problemas, pero sigo pensando que es mejor contarle a alguien cuando uno tiene una pena. Alguien de confianza y que lo quiera a uno. Tal vez las penas de don Macanudo eran muy profundas y por eso él prefería mantenerlas guardadas. Lo miré con cariño mientras trabajábamos afanosamente.

Cuando ya estuvo listo, el mostrador parecía una noche estrellada, se veía precioso. Al llegar el sol a la parte más alta del cielo, don Macanudo ya había vendido casi todas las conchas y estrellas de mar. A esa hora ya habían bajado Pedro y los demás, incluyendo las sanguijuelas, y todos ayudamos a promocionar el negocio de don Macanudo. Nos

paseábamos por la playa gritando: “¡Vendo estrellas y caracolas de mar!”. Ahora pienso que la venta fue tan exitosa, en parte porque en verdad las estrellas de mar y las conchas eran muy lindas, pero también porque a la gente le gustaba ver a niños tan trabajadores y empeñosos.

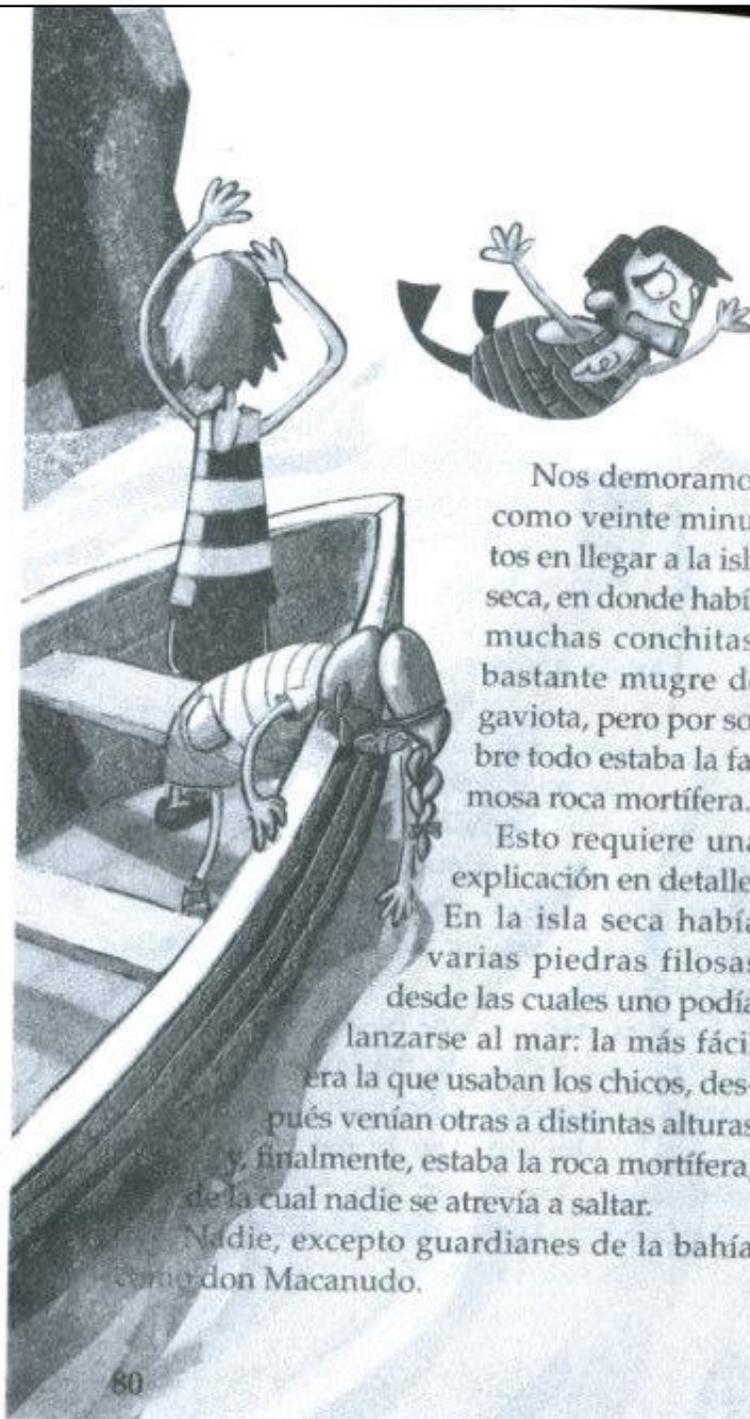
Como pago por nuestro trabajo, don Macanudo ofreció comprarnos un Engordelado a cada uno, pero todos dijimos que no con cara de asco. Entonces se quedó pensativo mirando al mar y dijo:

—¿Qué les parece un paseo en bote hasta la isla seca?

—¡Sí! —respondimos todos al mismo tiempo, llenos de felicidad.

Caminamos detrás de don Macanudo hasta llegar a su bote, que estaba pintado de blanco, azul y rojo, con una estrella blanca sobre el fondo azul, igual como si fuera una bandera chilena.

Éramos una tropa de niños, incluyendo a la fastidiosa de Blanca. Por suerte, todos cabíamos en el bote, medio apelotonados, pero cabíamos al fin y al cabo. A don Macanudo le costó empezar a remar, pero con sus brazos fortachones pronto agarró velocidad.



Nos demoramos como veinte minutos en llegar a la isla seca, en donde había muchas conchitas, bastante mugre de gaviota, pero por sobre todo estaba la famosa roca mortífera.

Esto requiere una explicación en detalle. En la isla seca había varias piedras filosas desde las cuales uno podía lanzarse al mar: la más fácil era la que usaban los chicos, después venían otras a distintas alturas y, finalmente, estaba la roca mortífera, de la cual nadie se atrevía a saltar.

Nadie, excepto guardianes de la bahía como don Macanudo.

Le dije que no subiera, porque era demasiado peligroso, aunque yo sabía que él sí era capaz de lanzarse en clavado desde esa inmensa altura. Entonces trepó como una lagartija hasta llegar a la cumbre, que parecía estar en las nubes, o al menos eso me pareció a mí en ese momento, cuando era niña. Nuestro héroe abrió los brazos y desde arriba nos gritó: "¡Cuenten hasta tres!". Así lo hicimos nosotros. ¡Uno, dos y tres! Entonces, don Macanudo se lanzó por el aire y fue cayendo muy bien al principio, como un verdadero clavadista. Pero después ya no venía vertical, sino que giró y quedó justo con su abdomen en dirección al agua. Fue un panzazo monumental. El agua sonó como dos tablas muy planas azotándose una contra la otra. Nosotros nos asustamos, porque el cuerpo de don Macanudo se demoró en salir y luego se quedó flotando por un rato, hasta que Pedro lo agarró de un brazo y lo trajo hasta la orilla.

Se escucharon quejidos de dolor de Don Macanudo y luego nosotros le preguntamos si estaba bien.

—No se preocupen, yo estoy acostumbrado—dijo, agarrándose la barriga con las dos manos. Tal parece que don Macanudo estaba acostumbrado a muchas formas de dolor, o al

menos eso era lo que él afirmaba. Yo sigo teniendo mis dudas hasta el día de hoy.

Después de semejante accidente nos volvimos, con don Macanudo remando mucho más lento. Incluso Pedro lo ayudó con un remo un rato. Se veía muy masculino, con su pelo al viento y haciendo fuerza con los brazos. Yo me quedé mirándolo, pero sin que él se diera cuenta.

El accidente había sido un poco fatal, hay que reconocerlo, pero lo realmente fatal fue lo que ocurrió cuando llegamos a la orilla.

En la playa estaban los papás de Pedro, de Blanca y de los otros niños, todos juntos en el lugar donde don Macanudo dejaba su bote. Mi mamá no estaba, porque se encontraba lavando en la casa y también porque no se había enterado del suceso, y si lo hubiese sabido, ella habría pensado que no era necesaria tanta alharaca. Pero los otros papás no pensaban así y estaban indignados con don Macanudo. El que habló primero fue el papá de Blanca, con sus cejas más fruncidas que nunca.

—¡Burro idiota, cómo se te ocurre llevar a los niños sin avisar! —le gritó furioso, con las venas de la frente hinchadas—. ¡Eres un imbécil! ¡Y más encima los llevaste sin

salvavidas, hay que ser muy tarado! ¡Ahora sí que te las vas a ver conmigo! ¡Bájate y pelea! —lo desafió, después de haberle dicho todas esas horribles palabras.

El papá de Pedro lo agarró firme del brazo para que no se lanzara sobre don Macanudo, que estaba más acongojado por los insultos del papá de Blanca que por el dolor del panzazo.

—Calma, no es necesario hablarle así —le señaló el papá de Pedro al papá de Blanca.

—¡Lo hago porque me preocupo por la seguridad de los niños! —le respondió.

La mamá de Blanca también trató de tranquilizar a su marido.

—Pero no tienes para qué usar esas palabras —fue lo que le dijo.

—¡Le hablo como se merece! —fue la severa respuesta del papá de Blanca.

En resumen, con unas palabras o con otras, todos los papás estaban enojados y le dijeron a don Macanudo que era un irresponsable y también nos retaron a nosotros por llegar y partir sin antes avisar. Nuestro castigo fue no volver a juntarnos con don Macanudo. Bueno, ese fue el castigo que les dieron a los otros niños, porque mi mamá no me castigó a mí, incluso cuando le conté la aventura frustrada con todos sus detalles.

—Clemencia, tienen que avisarle a alguien si se van a meter al mar y por supuesto usar salvavidas —fue exactamente lo que me recomendó, ni más ni menos.

Los papás de Pedro le dijeron que estaban muy asustados porque pensaron que nos habíamos perdido. No estaban enojados, sino que más bien tristes y desilusionados, lo cual era casi peor para Pedro, pero de todas formas siguieron el mandato del papá de Blanca de prohibir que se juntara con don Mac, como le decía él.

A continuación, voy a relatar algo que no quería, pero tengo que contarlo para que se entienda bien lo que sigue después. Y no es que se trate de algo malo; de hecho, fue algo muy lindo, pero me da mucha vergüenza y hace que me ponga nerviosa. Me veo obligada porque tiene que ver con la prohibición de ver a don Macanudo; también tiene que ver con Blanca y, por supuesto, con Pedro. Al día siguiente era mi cumpleaños y yo no quería celebrarlo. Es más, lo quería mantener en secreto, pero, claro, las cosas resultaron diferentes a lo que yo esperaba.

10. Cómo celebré mi cumpleaños



Yo no quería celebrar mi cumpleaños por muchas razones; las voy a anotar:

1. Me ponía muy nerviosa que no fuera a llegar nadie.
2. También me ponía nerviosa ser el centro de atención.
3. Me daba mucha vergüenza que me cantaran cumpleaños feliz.
4. No quería darle más trabajo a mi mamá del que ya tenía.
5. No teníamos plata como para comprar decoraciones.
6. Yo quería invitar a don Macanudo, pero si él iba, los otros niños no podrían ir.
7. Me daba vergüenza que vieran mi casa pobre.

Este último punto era muy sensible para mí, porque las casas que tenían Pedro y especialmente Blanca eran unas mansiones;

en cambio, la mía era muy sencilla y de madera, con pilares también de madera que la afirmaban del cerro, lo cual hacía que quedara la mitad en el aire. Eso a mí en realidad me encantaba, porque era como una casa voladora. Pero así era la forma en que se construían las casas más pobres, no las de las personas con más dinero. En invierno, el viento se colaba por entre las tablas y en verano parecía un horno en los días que hacía calor.

Yo sé que a Pedro no le importaba como fuera mi casa, pero a mí sí. Y de Blanca, bueno, de Blanca yo esperaba lo peor, es más, no quería invitarla; en realidad, no quería invitar a nadie. Quería que pasara inadvertido, como un día común y corriente más en medio de todos los otros días comunes y corrientes de ese caluroso verano.

Pero no fue así.

La casa de don Macanudo quedaba más arriba que la mía, justo en la punta del cerro. Él le decía «mi choza regalona» y tenía una hamaca desde donde se tenía la mejor vista de toda la bahía.

Esa mañana llegó don Macanudo muy temprano a mi casa, cantando de felicidad.

—¡Buenos días! ¿Cómo amaneció la cumpleañosera? ¡Tan linda como un rayo de soool! —fue lo que me dijo.

Después de haber recibido decenas y decenas de saludos de cumpleaños, sigo pensando que ese fue uno de los más sinceros, inocentes y tiernos.

Don Macanudo me había hecho un collar de conchitas que le tiene que haber tomado mucho trabajo, porque tenía muchos detalles.

—¡Está precioso, gracias! —le dije y lo abracé tan fuerte que casi lo ahogo.

Mi mamá nos miró sonriente.

—A las cinco le vamos a celebrar a la Clemencia —le comentó mi mamá a don Macanudo.

Yo no alcancé a decir «¡No!», que era lo que quería decir, no porque no quisiera que viniera don Macanudo, sino porque no quería celebrarme mi cumpleaños.

Pero entonces mi mamá me mostró mi regalo, que era una enorme torta que había preparado y que alcanzaba para una infinidad de invitados e incluso quedaría de sobra.

Ya no podía decir que no y tenía que ingeniármelas para invitar a mis amigos de la playa y a don Macanudo. En el cerro no tenía amigos de mi edad, así que eso no era problema.

Saqué hojas de mi cuaderno, las doblé en dos y las recorté en forma de flor. Las pinté

por fuera, y por dentro escribí: "Te invito a mi cumpleaños: 5:00 p.m."

Entonces las repartí en la playa a las personas que yo quería invitar. Es cierto que dije que no quería invitar a nadie, pero ahora me refiero a la nueva situación en que no me quedaba otra alternativa, porque no quería desilusionar a mi mamá.

La invitación de Pedro fue la que hice con más esmero, pero no me atreví a ponerle un corazón o algo así. Siempre he sido muy romántica, pero también he sido muy tímida. Por eso, ahora que escribo estos recuerdos, me vuelve a dar vergüenza y me arden las mejillas.

Con don Macanudo la cosa era un poco más complicada. Subí hasta su casa para explicarle por qué no lo podía invitar. Cada escalón era como subir una montaña y el calor me hacía transpirar hasta los tobillos. Normalmente subía esa escalera a saltos, pero ahora llevaba una misión que me resultaba terrible y parecía como llevar una piedra de varias toneladas sobre los hombros. Cuando llegué, quise decirle todo inmediatamente, sin preámbulos.

—Querido don Macanudo —comencé, tragando saliva—, vengo a darte una noticia que no es tan buena, en realidad es bastante mala, porque yo te quiero y me gustaría poder...

—¿Te da susto que vaya a tu cumpleaños?
—preguntó dándome un vaso de jugo de pomelo recién exprimido que estaba delicioso—. No te hagas problema, don Macanudo ya tiene la solución.

—¿Cuál? —le pregunté, sorprendida.

Para hacerlo más emocionante me lo contó al oído, por si acaso alguien estuviera escuchando.

Lo que me dijo me pareció genial y pensé que estaban muy equivocados los que aseguraban que don Macanudo era tonto. La idea era que él hiciera una función de títeres, así estaría un rato con nosotros, pero nadie lo vería, porque se encontraría detrás del telón que armaríamos con sábanas y mantas. Los títeres los crearíamos con un palito y un papel pegado.

—Yo quiero pintarlos —me dijo—, porque ya tengo inventada la obra.

Bajé feliz y me puse a preparar el teatrillo y también los últimos detalles que faltaban, como el jugo en polvo, el jugo de pomelo natural y las cáscaras de naranjas rellenas con jalea. También fui a la panadería a buscar los empolvados que la dueña le había regalado a mi mamá, o mejor dicho a mí, por estar de cumpleaños.

A las cinco en punto llegaron los invitados. Mi mamá estaba feliz y los recibió a todos con

un beso y un fuerte abrazo. Después me saludaban a mí y me deseaban feliz cumpleaños. Todos me llevaron algún regalo. Pedro me llevó una caja de chocolates que después nos comimos juntos y que estaban deliciosos. Pero fue el regalo de Blanca el que más me sorprendió.

—¡Muchas felicidades! —me dijo estirando el brazo para pasarme una caja—. Ojalá que te guste.

Yo abrí el paquete y casi me desmayé cuando vi lo que había en su interior. Era un vestido rosado maravilloso, muy parecido al que ella tenía. Yo pensé que debía haber costado una fortuna, o al menos lo que era una fortuna para mí.

Entonces vino la función de títeres. Les indiqué a todos dónde debían sentarse. Don Macanudo ya estaba escondido detrás del teatrillo, listo para comenzar cuando yo le avisara.

—¡Damas y caballeros! —se escuchó la voz de don Macanudo, pero un poco cambiada



para que fuera más teatral y también para que nadie se diera cuenta de que era él el que estaba detrás del telón—. ¡Les presentamos la obra "El rescate magnífico"!

Todos aplaudimos y estábamos expectantes, mirando fijamente, esperando lo que iba a pasar. Nos quedamos en absoluto silencio.

—Esta es la historia de una princesa llamada Clementina que vivía en un palacio pequeño, pero que de todas formas era el más lindo de la comarca. Junto con ella vivía su amado marido Pietro.
Eran un



matrimonio feliz, pero había otra princesa que quería robarse a Pietro, llamada princesa Alba Peloquemado. Ella tenía un palacio gigante, mucho más grande que todos los demás, pero era un castillo frío y tenebroso. Un día decidió raptar a Pietro, y Clementina salió persiguiéndola con la ayuda de su amigo el señor Magnífico, pero se encontraron con el papá de Alba, que no era un papá normal, sino que un dragón con unas cejas muy peludas y que quería encerrar dentro de una jaula al señor Magnífico. Este dragón tiraba un aliento de fuego muy terrible...

—¡No me gusta esta historia! —exclamó Blanca levantándose para interrumpir la función—. No la quiero ver más y quiero que la paren ahora mismo.

Se fue corriendo hacia la parte de atrás del teatrillo. Yo no la pude alcanzar a agarrar para impedirselo. Corrió el telón y ahí encontró a don Macanudo.

—¡Eras tú! —exclamó indicándolo—. Ya me lo habría imaginado, quién más si no tú. ¿No tienes nada mejor que hacer que andar inventando estas historias ridículas?

—Blanca —dijo Pedro—, tranquilízate, no es para tanto. Él lo estaba haciendo con la mejor intención.

Yo siempre defendía a don Macanudo, pero esta vez Blanca tenía algo de razón, porque no era difícil darse cuenta de qué se trataba en realidad la historia. Ahora que soy vieja y he visto muchas obras de teatro, sé que hay una que se llama Hamlet y que la inventó William Shakespeare. En esta pasa algo parecido, porque hacen una obra de teatro dentro de la obra de teatro. Es medio enredado, pero entretenido.

Blanca se fue furiosa y no alcanzó a comer las jaleas ni los empolvados ni nada. Don Macanudo prefirió irse a su casa para no causar problemas, pero se llevó una pila de comida "para el camino, el destino y el intestino" como decía él.

Los demás nos quedamos celebrando. De la torta no quedó casi nada, porque en verdad estaba exquisita y yo le di las gracias de nuevo a mi mamá, quien me miró con una sonrisa tan dulce como la torta.

Así fue mi cumpleaños ese verano. Un poco accidentado, muy alimentado, pero por sobre todo me dejó pensando acerca de Blanca, que me había hecho ese regalo tan bonito y que se había ido enojada por una función de títeres en la que ella era la mala. Tal vez Blanca quería hacerse más amiga mía, pero después del

episodio con los títeres yo lo veía muy poco probable. Ahora pienso que quizá Blanca no era tan pesada como parecía, sino que estaba muy influenciada por su papá. Posiblemente se sentía sola y por eso se ponía mandona y ostentosa. Son complicadas las personas como Blanca; creo que en el fondo son muy solitarias. Pero también a veces yo me sentía solitaria. Es decir, teníamos eso en común ambas. Sentí pena por ella.

Y a propósito de pena, lo que pasó al día siguiente fue triste y feliz. Triste para mí, que justamente me quedé solitaria, y feliz para Pedro, porque llegó su amigo-amigo del colegio a visitarlo.

11. Cómo un amigo me robó a Pedro



El amigo de Pedro era flaco como una manguera y alto como una torre. Llegó en bus y seguramente para lograr bajarse de este debe haber sido como si se hubiese desenrollado del vehículo. Era muy sonriente y traía un montón de bolsos y también unas paletas para jugar en la playa, donde estaba yo mirando disimuladamente. Entró a la casa y no pasaron más de cinco minutos en que vi salir a los dos amigos a paletear justo al lado mío. Era tanta la emoción de Pedro de ver a su compañero, que no se acordó de presentármelo, lo cual me dio rabia y pena. En un momento se les fue la pelota más lejos, justo donde estaba yo, y me salpicó un poco de arena. Entonces vino a recogerla y yo aproveché para hablarle.

—Hola, ¿él es tu amigo del colegio?

—Ah, sí, es Tomás —me dijo con voz dubitativa y después le gritó a su amigo—. ¡Tomás, ella es Clemencia, vive acá!

Tomás me hizo un saludo sacudiendo el brazo muy alegremente. Yo le respondí de igual forma, disimulando mi desazón. Que Tomás me saludara con tanta amabilidad me puso un poco más contenta, pero de todas formas me sentía indignada porque me habría gustado que Pedro me hubiese presentado como corresponde. Y no es que yo quisiera darle el beso de saludo a Tomás, sino que esperaba que Pedro fuera más educado. Yo sé que no era algo grave ni mucho menos, pero después de la tarde maravillosa que habíamos tenido un par de días antes, yo esperaba que Pedro estuviera, no sé, más cariñoso conmigo. Habíamos sido príncipe y princesa volando en un caballo fantástico y ahora yo era simplemente Clemencia, la que «vive acá». Tal vez eran ideas que yo tenía en mi cabeza, pero ahora no logro recordarlo bien. También me habría gustado que me invitaran a jugar, pero después de un rato me di cuenta de que no tenían la más mínima intención. Sentí que mis ojos se humedecían, pero me los sequé rápidamente con el brazo, porque no quería, por ningún motivo, que me vieran llorar.

—¡Hombres! —dije, resoplando. Mi rabia no era con todos los hombres del mundo, sino que con un hombre muy en particular que me había decepcionado.

Entonces decidí no sufrir más por ese niño traicionero y me levanté para ir a caminar por la orilla del mar. No importaba que me mojara los pies, porque tenía puestas mis sandalias de goma. Mi pelo se movía con la brisa marina y yo miraba la espuma en el suelo. Sin darme cuenta, me encontré con Blanca, que estaba sola también y recogía conchitas. Su pelo no se veía quemado; seguramente la habían llevado al peluquero para que se lo arreglara.

—¡Hola, Blanca! —le dije.

—Hola —me contestó ella desenterrando una conchita con el pie—. ¿Qué haces por acá?

—Nada, vine a ver al amigo de Pedro, pero ellos están jugando paletas. Así que decidí mejor estar sola.

—Yo también quiero estar sola —me dijo con ese tono que solo con oírlo ya me irritaba—. Y si estás tú, entonces ya no estamos solas ninguna de las dos.

—No te preocupes —le señalé hirviendo de rabia—. Ya me voy, tengo que ayudar a mi mamá con el lavado de la ropa.

Ya estaba yéndome cuando sentí la voz de Blanca llamándome.

—¡Clemencia, ven! —exclamó con una entonación que hasta me pareció amable—. Podemos recoger conchitas las dos. ¿Quieres?

Yo le dije que sí a regañadientes, pero después de un rato me pareció que Blanca no tenía malas intenciones ni planeaba alguna broma pesada.

Ese día recogimos muchas conchitas que íbamos poniendo dentro de una bolsa que Blanca había llevado especialmente. Era muy entretenido y yo me sentía feliz. Tanto, que se me habían olvidado Pedro y su amigo Tomás.

—Mis papás pelean todo el día —me dijo Blanca sin previo aviso y mirando el suelo—. En mi casa en la ciudad también pelean, pero como no se ven tanto, entonces hay menos momentos para pelear. Pero aquí en Santa Perreza discuten desde que se despiertan hasta que se van a dormir. —Yo la escuchaba con atención—. ¿Tus papás pelean mucho?

Nos sentamos una junto a la otra mirando el mar y yo me puse a tomar puñados de arena para dejarlos deslizarse suavemente entre mis dedos.

—Mi papá se fue cuando yo era más chica —le contesté—, pero me imagino que sí, que peleaban mucho.

—¿O sea que las abandonó?

Yo tuve miedo de responder esa pregunta y por eso me quedé callada. Después de un momento de silencio, Blanca habló de nuevo.

—A veces me gustaría que mi papá nos abandonara.

—¡No digas eso! —le dije yo, con la voz temblorosa—. Las cosas siempre se pueden arreglar... creo.

—Bueno, al menos me alegro de que mañana se vayan a mi casa en la ciudad. Me va a servir de descanso.

Lo que contó ella me hizo pensar en que yo nunca me cansaría de mi mamá. Y después, cuando crecí, lo comprobé. Nunca me cansé de ella y me gustaría que a todas las personas les pasara lo mismo con sus mamás.

En aquel momento, Blanca cambió abruptamente la conversación.

—¿Tienes puesto tu traje de baño?

—Sí, debajo de mi vestido —le respondí.

—Entonces, ¿vamos a bañarnos? —me propuso con una cara sonriente y llena de un entusiasmo que nunca le había visto.

Y así fue. Nos bañamos en el mar, Blanca y yo. Nadamos y chapoteamos, nos tiramos agua y capeamos olas. Era como si fuéramos amigas o tal vez lo éramos y no nos habíamos dado cuenta. De Pedro y su amigo Tomás ni me acordé.

Entonces ocurrió el accidente.

Yo iba nadando feliz de la vida bajo el sol cuando de pronto sentí algo que me pasó

sobre el hombro deslizándose. Al instante sentí un fuerte dolor, como una puntada. Me salí corriendo del agua y Blanca me siguió, porque se dio cuenta de que algo pasaba.

Yo lloraba de dolor, pero las lágrimas no se notaban porque estaba empapada. Lo que sí se notaba era mi piel roja en la parte del hombro, por donde había pasado la cosa que me había hecho doler muchísimo.

—Te picó una medusa —afirmó Blanca.

—¿Y qué hago? —le pregunté angustiada.

—Ven, vamos a mi casa corriendo —me dijo y me tomó del brazo—. Seguramente, mi mamá tiene algún remedio para esto.

Fuimos caminando rápido, no corriendo, porque yo me sentía muy mal. Pronto llegamos y efectivamente la mamá de Blanca tenía una crema de la empresa Bob y Ben que servía para las picaduras de cualquier tipo de animal marino, excepto de tiburón. Eso ni siquiera Bob ni Ben habrían podido inventarlo. Claro, es verdad que los tiburones no pican, sino que muerden... y muy fuerte.

—¡Gracias! —le dije a la mamá de Blanca, mirándola a los ojos. No me pareció una mujer mala y eso me daba aún más tristeza al pensar que peleaba tanto con su marido, el cejudo papá de Blanca. Es cierto que las pe-

leas son de a dos, pero en ese momento pensé que los problemas de ellos se debían principalmente al mal carácter del papá de Blanca.

Después, Blanca me mostró su dormitorio: parecía una juguetería. Era impresionante la cantidad de muñecas, animales de peluche y todo tipo de cosas para jugar; había un montón de juegos y juguetes que uno pudiera imaginarse. Por eso digo que parecía una juguetería. Tenía una casa para las muñecas de tres pisos, también un auto para las muñecas y hasta una lancha que se podía meter en la tina de baño con las muñecas adentro.

Yo no sentí envidia, solamente asombro y admiración.

—¿Quieres jugar con mis juguetes? —me preguntó Blanca, que seguramente se había dado cuenta de mi cara de fascinación—. Yo casi ni los uso. Mi papá me los compra cuando me reta injustamente. Es su forma de pedirme perdón.

Yo miré la cara de Blanca y me sorprendió lo triste que se veía. Entonces decidí animarla.

—¡Claro, juguemos! —le respondí, llena de emoción—. Puede ser a las princesas. Yo sé que es como para más chicas, pero de todas formas podría ser entretenido. ¿No te parece? Además, no tenemos por qué contarle a nadie.

Blanca al principio no estaba muy entusiasmada, pero poco a poco se fue involucrando

en el juego y terminamos felices jugando mucho rato, inventando una historia en que la princesa principal, por supuesto, se casaba con el príncipe.

Después volvimos a salir a la playa y nos encontramos con Pedro, Tomás y don Macanudo. Habían jugado a las paletas, fútbol, vóleibol y a rodar en la arena hasta quedar como escalopas. Estaban totalmente transpirados, enarenados y exhaustos. Otros niños también habían jugado con ellos. A esos niños no los conocí nunca en mi vida.

Pedro se acercó con la pelota de vóleibol debajo del brazo.

—¡Hola!, ¿quieren jugar? —nos preguntó.

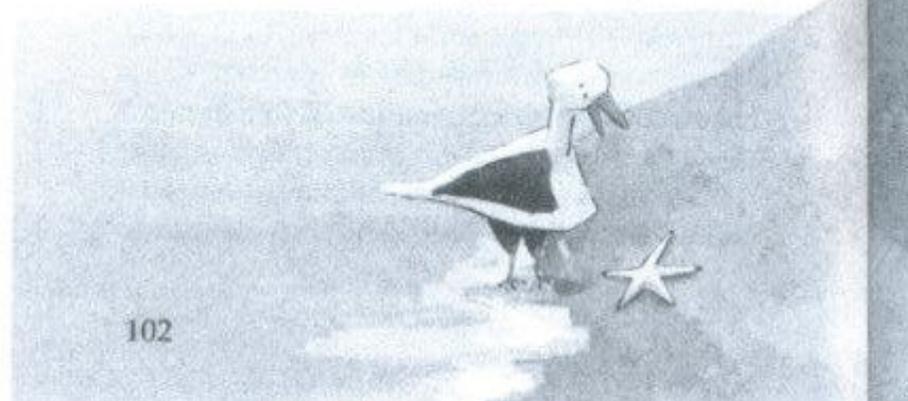
—No, gracias —le respondió Blanca—. Nosotras estábamos muy entretenidas jugando; ahora venimos a mirar el mar y a descansar.

Pedro se vio sorprendido.

—¿Jugando a qué?

Yo le respondí haciéndome la misteriosa.

—A cosas de niñas.



Le dije eso porque se lo merecía por haber sido poco educado y no presentarme como correspondía a su amigo Tomás.

Él quedó muy extrañado al ver que nosotras dos, que se suponía que éramos las grandes rivales, estuviéramos divirtiéndonos de lo lindo. Yo pensé que no fue que Tomás me



robara a Pedro, sino que Pedro todavía era muy niño y le faltaba madurar. Aunque en realidad no sé si puedo decir eso después de haber estado jugando horas a las muñecas.

Luego vino el atardecer y nadie podría haberse imaginado lo que ocurriría al día siguiente. Sería algo que cambiaría nuestras vidas, algo que tuvimos que sobrevivir para contarlo.

12. Cómo sobrevivir a un terremoto



Al día siguiente todos bajamos temprano a la playa, porque hacía mucho más calor de lo habitual, aunque no sé si eso habrá tenido que ver con lo que vendría después. Si mal no recuerdo, el cielo estaba raro, lo cual podría haber sido un presagio. O tal vez no. La naturaleza es muy misteriosa, especialmente para una niña llena de curiosidad como era yo por entonces.

De pronto, sin previo aviso, el suelo comenzó a moverse. Al principio no nos dimos cuenta, porque las olas estaban grandes y hacían mucho estruendo. Pero después el movimiento fue cada vez más fuerte. Todo retumbaba, las casas se movían y costaba mantenerse en pie. De hecho, varias sanguijuelas se cayeron al suelo y se pusieron a llorar.

La gente salió de debajo de los quitasoles y se pusieron a gritar: "¡Terremoto, terremoto!".

El temblor fue sumamente fuerte, parecía el fin del mundo. No sabíamos qué hacer. Luego

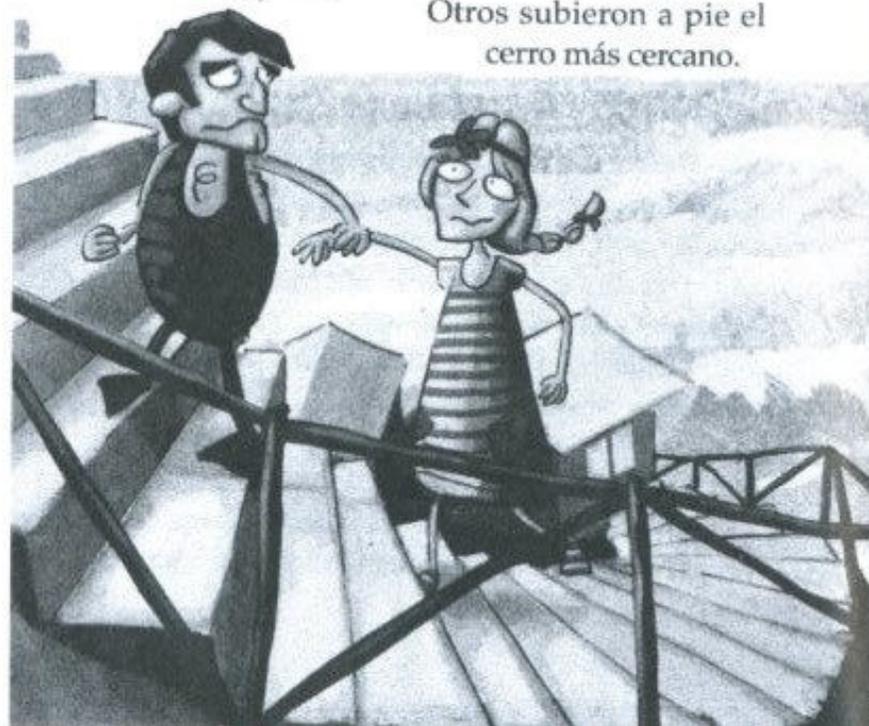
de un largo rato, finalmente se fue calmando hasta parar por completo.

Entonces llegó don Macanudo corriendo.
—¡Alerta de tsunami, alerta de tsunami!

Eso al salvavidas no le gustó para nada, porque él era el responsable de decir si había alerta de tsunami o no. Y para eso tenía que consultar con la guardia costera.

Pero de todas formas la gente le hizo caso a don Macanudo y tomaron sus cosas y corrieron para escapar de una posible ola gigante. En un dos por tres, la playa de Santa Pereza quedó vacía, la gente se dirigió a sus autos y manejó hasta algún lugar ubicado lo más alto posible.

Otros subieron a pie el cerro más cercano.



Don Macanudo estaba preocupado de nosotros.

—¡Cada uno vaya a su casa y vean qué es lo que van a hacer sus papás! —nos dijo con los ojos tiritando de pánico.

—Mis papás no están —señaló Blanca, muy asustada.

Don Macanudo se puso a pensar a toda máquina. Parecía como si se le fuera a reventar el cerebro. Entonces fue como si se hubiese iluminado con una idea.

—Usted, señorita Blanca, se va conmigo a mi choza regalona, que es la que queda en lo más alto de todo el pueblo.

Y así lo hicimos. Cada uno con su familia y Blanca con don Macanudo.

—¡Mamá, mamá! —llegué llorando a mi casa.

Ella salió a recibirme y me abrazó.

—Tranquila, mi niña, ya pasó. Dios nos ha protegido —me dijo para consolarme. Yo me sentí más calmada en sus brazos y no quería soltarla jamás—. ¿Están todos bien?

—Sí, todos bien —le contesté yo, limpiándome las lágrimas—. Cada uno se fue con sus familias, y Blanca, con don Macanudo, porque sus papás están en la ciudad.

—¿Y no estará mejor ella con nosotras? —me preguntó mi mamá secándose las manos en el delantal, en un gesto que hacía cuando estaba nerviosa, aunque no tuviera las manos mojadas—. Vayamos a preguntarle, Clemencita, pero de una carrera, porque puede venir una réplica.

Me tomó de la mano y corrimos por las escaleras, pero don Macanudo no quiso que Blanca se fuera a mi casa porque dijo que ella era su responsabilidad y que la cuidaría con su vida si fuese necesario.

Ante tal discurso, mi mamá se quedó callada y no quiso discutir, por lo que bajamos las escaleras, ahora con más calma, hasta llegar a nuestra casa, que se veía en perfectas condiciones, a pesar del movimiento telúrico.

Entonces nos fuimos al balcón y nos sentamos a esperar mirando el horizonte por si venía una ola gigante.

—¿Y a qué jugaste hoy? —me preguntó mi mamá para tratar de hablar de algún tema que no fuera un cataclismo.

—A nada. Estuve conversando con Pedro y Tomás y con Blanca también. Bueno, jugué con Blanca en la playa y también nos bañamos juntas.

—¿Con Blanca, en serio? —me preguntó sorprendida.

Yo me acomodé en la silla y puse mis brazos sobre la baranda para así apoyar mi pera y poder contemplar el paisaje sin que se me cansara la cabeza. Era lógico que a mi mamá le extrañara que yo mencionara a Blanca así tan a la pasada, pero hay cosas que los niños hacen que los adultos no pueden entender y eso lo sé por mi larga experiencia.

—Sí, con Blanca —dije, como hablándole al aire—. Creo que Blanca y yo nos estamos haciendo amigas.

Mi mamá quedó estupefacta. En esa época, yo no sabía lo que significaba estupefacta, que es como si a alguien le fuera a dar un patatús. Y es que era muy raro que una niña como Blanca se hiciera amiga de una niña como yo. En parte porque ella tenía mucha plata y yo no, pero principalmente porque ella quería ser siempre la primera en todo y a mí ese tipo de competencias no me importaba para nada.

Después de un rato no había temblado más y ya estábamos aburridas. Además, en la radio decían que no había tsunami, así que estábamos todos salvados de la ola gigante.

—¿Quieres un té? —me ofreció mi mamá. Ella solucionaba muchas cosas con un té.

Le dije que sí y nos sentamos las dos en nuestro balcón con dos sillas de madera y una pequeña mesa al medio.

—¿Y con Pedro, te has hecho más amiga? —me preguntó con una sonrisa. Mi mamá creía que podía resolver muchas cosas con una sonrisa, pero eso no le resultaba tan bien como lo del té.

—No mucho —respondí desganada—. Él ahora está con su amigo Tomás y juega todo el día con él. A mí no me ha tomado en cuenta. Y eso que el otro día nos divertimos tanto y volamos en el caballo fantástico, ese que te conté que era igual al de juguete que me dejó mi papá.

—¿Y no te pueden invitar a jugar con ellos?

—Sí, podrían, pero no lo han hecho —le respondí un poco exasperada—. Mamá, no quiero hablar más acerca de Pedro, ¿puede ser?

Ella se enderezó en la silla y se secó instintivamente las manos en el delantal.

—Claro, claro —dijo con voz apresurada—. Yo solo te preguntaba para saber de ti. No es mi intención meterme en tus cosas —concluyó y yo me quedé pensando que sí quería meterse en mis cosas, que es algo que todas las mamás hacen.

En ese momento apareció don Macanudo en la puerta de nuestra casa.

—¿Permiso, puedo pasar? —preguntó, siempre tan educado.

—Por supuesto, adelante —le dijo mi mamá—. ¿Y la señorita Blanca?

Don Macanudo se veía agotado.

—La señorita Blanca —señaló tomando aire a bocanadas—. La llamaron por teléfono sus papás y tuvimos que partir corriendo para dejarla en su casa. Su papá me dijo que venían en camino a toda velocidad.

Yo escuché con atención y pensé que nada bueno podía ocurrir. Los papás de Blanca eran muy desconfiados y en el que menos confiaban justamente era en don Macanudo. Y eso de que vinieran a toda velocidad era para peor, porque mientras más rápido manejaba el papá de Blanca, más fruncido traía su ceño, lo cual significaba que más furioso venía.

Como ya se había levantado la alerta de tsunami, algunas personas bajaron nuevamente a la playa. Otros prefirieron quedarse en sus casas o en algún lugar más alto. Nosotros nos juntamos al lado de la roca donde siempre nos encontrábamos y nos pusimos a comentar todos los detalles acerca de qué había hecho cada familia.

—Nosotros rezamos un rosario completo —señaló Pedro—. Por nosotros y para que nada malo le hubiese pasado a nadie.

—Yo tomé té con mi mamá —dije.

Los otros niños contaron cada uno sus anécdotas, pero Blanca permanecía muda.

—¿Y tú, Blanca? —le preguntó Pedro—. ¿Qué hiciste en la casa de don Macanudo? ¿Te mostró su colección de estrellas de mar? ¿Te contó alguna historia? Claro, no una de terror, que sería muy mala idea si la intención era calmarte.

Blanca no quería hablar, tanto que tenía los labios apretados. Pero ante la insistencia de la mayoría, sus palabras fueron:

—Yo le tengo afecto a don Macanudo.

A mí esa respuesta me dio escalofríos, porque no era la Blanca con la que había jugado a recoger conchitas y a las muñecas. Era la otra Blanca, la que era fría y calculadora. Lo lógico es que hubiese estado más agradecida de que don Macanudo se preocupara de ella. Por eso esa respuesta tan escueta me daba terror, especialmente que usara la palabra "afecto". Y tuve razón con mi presentimiento, porque lo que pasó después fue terrorífico y pronto se entenderá por qué estoy contando todo esto.

Aquí viene la parte triste, pero realmente vale la pena llegar hasta el final para saber cómo termina la historia.

13. Cómo termina la historia



El atardecer fue muy rojizo por todo el polvo que se había levantado por el terremoto. Parecía como si el cielo se estuviera incendiando. Y esas mismas llamaradas de fuego eran las que traía el papá de Blanca en sus ojos bajo sus gruesas cejas cuando se bajó de su auto deportivo en los estacionamientos de Santa Pereza.

—¡Tráiganme al secuestrador! —fue lo primero que dijo, moviéndose muy bruscamente.

Nosotros sabíamos que iba a llegar porque había llamado por teléfono a Blanca y también a los papás de Pedro. Así que estábamos todos ahí, incluyendo al amigo de Pedro y varios curiosos que nada tenían que ver en la historia.

La mamá de Pedro se adelantó unos pasos.

—Aquí no hay ningún secuestrador ni secuestro —le dijo con voz firme—. Solamente hay un hombre que quiso ayudar a tu hija y salvarla del peligro.

El papá de Blanca estaba lleno de ira y no oía razones.

—Pero si se la llevó a su casa y estuvieron los dos solos. ¿Quién me lo trae para que le dé su merecido? —preguntó al aire.

Entonces apareció don Macanudo acompañado por mi mamá, caminando muy lento. Don Macanudo venía afligido, aferrándose del delantal de mi mamá, como si fuera un niño.

—¡Aquí estás, cobarde! —le dijo el papá de Blanca a don Macanudo—. Te escondes detrás de las mujeres. Pero esto lo vas a pagar. No te voy a agarrar a puñetazos porque quiero que te vayas a la cárcel lo antes posible.

—Pero si él no hizo nada malo —afirmó mi mamá—. Solamente subieron a su casa, que es la más alta del pueblo. Así Blanca estaría protegida.

—¿Y por qué no se quedó con ustedes? —preguntó el papá de Blanca con la cara roja de rabia y las venas del cuello y de la frente marcadas de tanta indignación que tenía—. Tengo entendido que ustedes le fueron a decir que se quedara en su casa y él se negó. ¿Es eso cierto?

Mi mamá dudó antes de responder.

—Sí, fuimos —contestó con un hilo de voz que apenas se alcanzó a oír.

—¿Ven? Esto agrava la situación. Ella tenía prohibido verlo y él la raptó para tenerla encerrada en su casucha, luego ustedes trataron

de disuadirlo y él se negó. ¡Se trata de un secuestro a todas luces! Y eso se paga con cárcel.

Todos estábamos angustiados. No sabíamos qué contestar.

—Señorita Blanca —señaló don Macanudo muy compungido—, dígame que yo no hice nada más que contarle un par de historias y mostrarle mis estrellas de mar. Dígaselo a su papá.

Todos miramos a Blanca, que se había parado al lado de su papá. No pronunciaba ni una sola sílaba.

—¡Vamos, Blanca! —exclamé con mis anteojos manchados con lágrimas—. Cuéntale la verdad.

Pero Blanca se quedó en absoluto silencio.

En ese entonces yo sentí rabia y pensé que Blanca era una malagradecida y que esta era la verdadera Blanca, fría y cruel. Pero ahora creo que puede haber sido porque ella también le tenía miedo a su papá y no se atrevía a contradecirlo.

En pocos minutos llegaron los policías y esposaron a don Macanudo. Lo subieron a un auto y se lo llevaron a la comisaría, que quedaba en la plaza central de nuestro pueblo.

Al día siguiente fue el juicio. Yo llevaba puesto el vestido rosado que me regaló Blanca, tal vez para convencerla de que hablara y dijera

la verdad. Tenía la esperanza de que volviera a ser la Blanca que había jugado conmigo aquel día en la playa. Apenas cabíamos todos los que estábamos en la sala. La jueza entró y tuvo que golpear muchas veces el martillo en su escritorio para que los presentes se quedaran callados, porque todos querían comentar. Algunos apoyaban a don Macanudo y decían que era inofensivo, pero otros señalaban que era un tipo raro, que andaba siempre con los niños y que no podía ser que se quedara solo con una niña.

Yo me adelanté y llegué hasta donde estaba don Macanudo.

—Yo creo en ti —le manifesté—. Yo sé que tú no has hecho nada malo.

—Gracias, Clemencita —me contestó—. Así son las cosas nomás. Lo importante es que la señorita Blanca y todos ustedes están bien. No tuvimos que lamentar una tragedia.

Me pareció increíble que don Macanudo se preocupara por nosotros aun cuando estaban a punto de condenarlo a un montón de años de cárcel más un día. Ahora comprendo que es porque era el verdadero guardián de la bahía y protector de los niños, y porque siempre nos iba a querer, pasara lo que pasara.

Después de escuchar a los abogados y a los testigos, le tocaba hablar a la jueza. En la sala no se oía ni la respiración de las personas. Creo que se escuchaba latir el corazón de don Macanudo, pero yo pienso muchas cosas que no son ciertas y tampoco las recuerdo muy bien que digamos.

Entonces ocurrió algo inesperado. Mi mamá sacó algo de su cartera y lo puso en mis manos. Era el caballo de juguete que mi papá me había dejado de recuerdo.

—Toma, Clemencia, llévaselo al papá de Blanca —me solicitó solemnemente.

Yo no comprendía nada.

—¿Pero por qué? ¿Qué tiene que ver con el juicio?—le pregunté.

—Ese caballo era del papá de Blanca antes de que fuera de tu papá.

Yo sentí que el estómago se me apretaba, que las piernas se me doblaban y que la cabeza me daba vueltas. Había pensado muchas cosas de mi papá, pero nunca que fuese un ladrón.

Hice como mi mamá me pidió y caminé a paso tembloroso hasta donde estaba sentado el papá de Blanca.

—Tome, esto es suyo —le dije mirando el suelo—. Perdón que mi papá se lo haya robado.

Él primero hizo un gesto de desprecio, pero después se fijó en el caballo que yo llevaba entre mis manos. Se quedó mudo por varios segundos, cosa muy rara y los ojos le brillaban ya no de rabia, sino que de emoción.

—¡Mi caballo de juguete! —exclamó, al mismo tiempo que dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Sus cejas dejaron de estar fruncidas y se inclinaron hacia arriba, en un gesto de impresión mezclado con nostalgia.

—Sí, perdón que mi papá... —estaba repitiendo yo, muy afligida, pero él me interrumpió y me tomó de los brazos.

—No, tu papá no me lo robó, yo se lo regalé.

Sentí que el alma me volvía al cuerpo y un profundo alivio me hizo sentir ligera y pude respirar hondo y levantar la vista.

—¿Entonces no es suyo? —le pregunté.

—No, es tuyo, Clemencia. Si tu papá te lo dejó entonces te pertenece —dijo y era la primera vez que me llamaba por mi nombre; de hecho, yo pensaba que ni siquiera lo sabía.

—Pero es un recuerdo de su infancia —le manifesté estirando mis brazos para acercárselo.

—Mi infancia... qué distinto era yo cuando niño —exclamó con la mirada perdida, como buscando en sus recuerdos—. Me gustaba jugar en la playa con quien quisiera acompañarme,

me encantaba bañarme en el mar y después tomar sol sin pensar en nada en particular, sin preocupaciones, solamente disfrutando el momento. Me fascinaban los caballos y ese juguete era mi fiel compañero. Ahora nunca monto y doy la excusa de que es porque me falta tiempo, pero no es verdad, lo que ocurre en realidad es que ya no sé divertirme. Mi alma se ha vuelto amarga.

En ese momento se acercó mi mamá, me puso las manos sobre los hombros y le dijo al papá de Blanca:

—Recuerda que cuando niño tenías el corazón puro y confiabas en que la mayoría de las personas eran buenas.

—Es verdad, para mí éramos todos iguales, los del pueblo y los turistas. No había diferencias ni rivalidades odiosas —manifestó y se limpió las lágrimas de los ojos con el puño de la camisa.

Fue el momento en que me di cuenta de que se había conmovido de verdad, que en realidad su corazón podía cambiar y lo había hecho en ese preciso instante. Ahora sé que las personas pueden cambiar cuando son jóvenes, adultos e incluso cuando son viejos también.

—Las personas son buenas —murmuró para sí mismo—. Hace tanto tiempo que dejé

de creer en eso. Pero ahora apareces tú, Clemencia, y me muestras mi juguete tan querido, que me recuerda la magnífica amistad que tuve con tu padre hace tantos veranos. ¿Qué puedo hacer para agradecerles?

Mi mamá le dijo en tono serio pero cariñoso a la vez:

—No hagas más preguntas y haz lo correcto para que un hombre inocente no vaya a terminar en la cárcel.

La jueza se dio cuenta de que nosotros tres estábamos conversando y no le pareció nada bien. Golpeó varias veces su martillo de madera y luego habló.

—¿Qué es ese barullo? ¿De qué se trata este cuchicheo en mi corte?

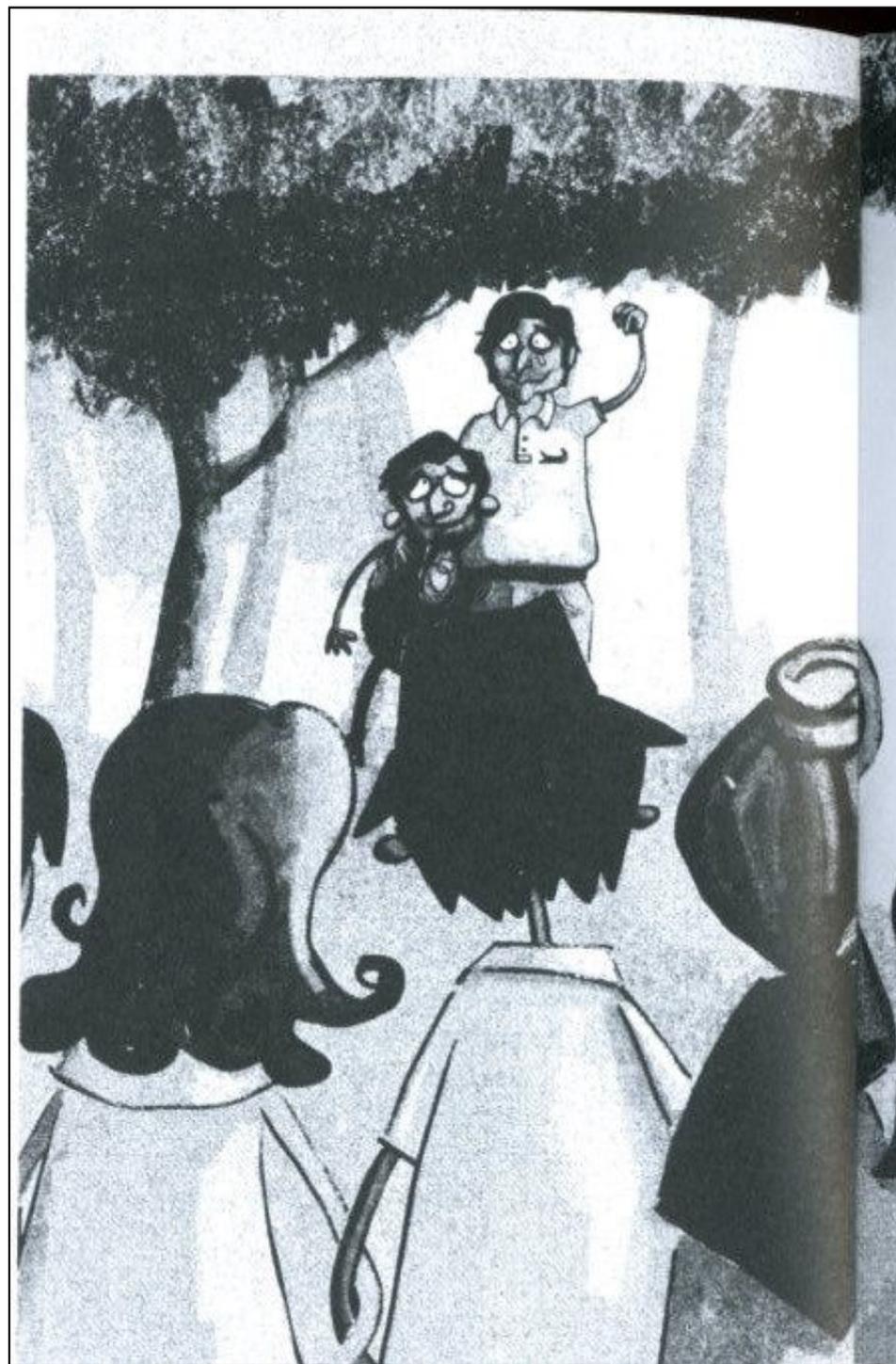
El papá de Blanca se irguió tan alto como era y respiró profundamente. Se veía nervioso, incluso una gota de transpiración le corría por el borde de la frente. Más aún, se podría decir que parecía indefenso; no tenía nada que ver con el hombre feroz que aterrizaba a los niños, especialmente a su propia hija. Yo comprendí que él se había conmovido al entender la historia real de lo sucedido con Blanca y don Macanudo. Finalmente, había entendido que el verdadero guardián de la bahía era el héroe del suceso y que debía impedir que se le castigara injustamente.

—Ha sido todo un malentendido, señoría. Este hombre actuó con la mejor intención. Le pido mis más sinceras disculpas a don Macanudo y retiro todos los cargos.

Entonces vino como un estallido de voces, todos hablaban al mismo tiempo. El papá de Blanca tenía una sonrisa de satisfacción en su cara por haber hecho lo correcto y miró directo a los ojos a don Macanudo, pero no para amedrentarlo, sino que con gesto de agradecimiento.

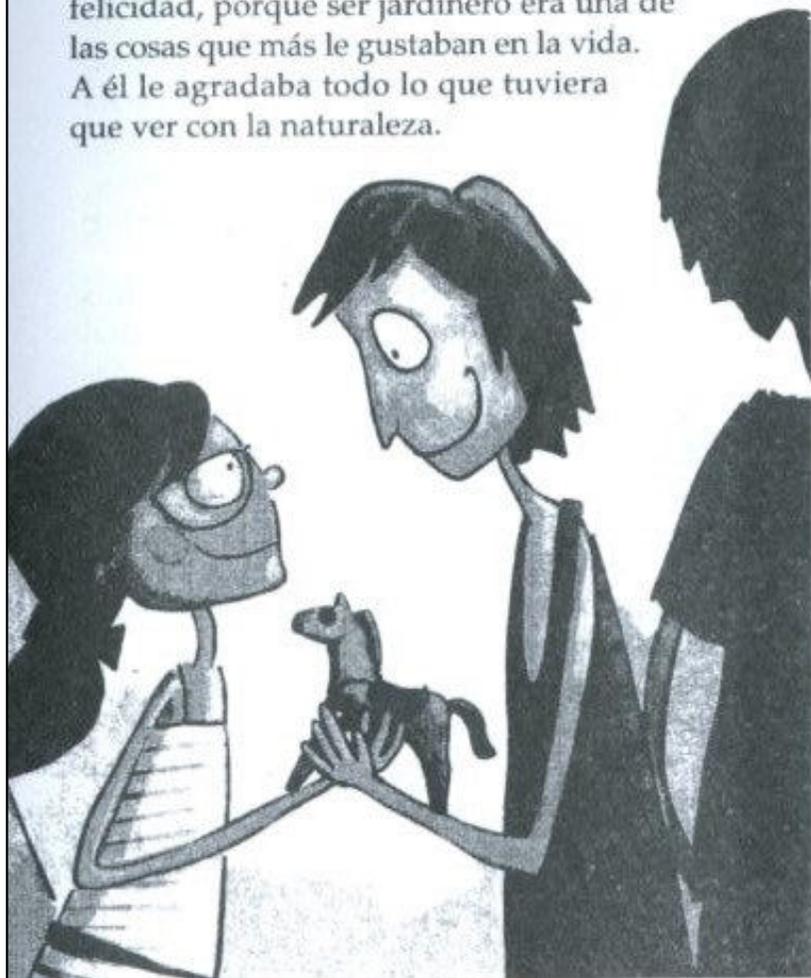
—¡Orden, orden! —gritaba la jueza, pero nadie le hacía caso. La pobre se quedó dando martillazos sola, porque todos salimos caminando desde el salón hasta la plaza, aplaudiendo y abrazando a don Macanudo.

Estábamos muy emocionados y varios le dieron la mano al papá de Blanca por su cambio de actitud. Él se fue entusiasmando cada vez más con su nueva forma de ser, como si toda la bondad que no había usado por años le viniera junta de una sola vez, como una avalancha de compasión y generosidad. Entonces se paró bajo los grandes árboles, al medio de los que estábamos presentes y habló con una mano en el corazón, la voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas.



—Quiero darle las gracias públicamente a don Macanudo por haber protegido a mi hija después del terremoto. Es cierto que hemos tenido algunos altercados él y yo, pero eso va a cambiar; de hecho, lo voy a contratar para que sea el jardinero de mi casa, si le parece bien.

A don Macanudo se le iluminó la cara de felicidad, porque ser jardinero era una de las cosas que más le gustaban en la vida. A él le agradaba todo lo que tuviera que ver con la naturaleza.



—Claro, señor, muchas gracias —expresó don Macanudo.

El papá de Blanca ya se había entusiasmado con su discurso.

—Y quiero decirles a todos que cambiaré desde hoy mi mal carácter —manifestó secándose las lágrimas—. He aprendido una gran lección y esa es confiar en las personas, partiendo de la idea de que son buenas y actúan correctamente. Uno debe ser precavido, pero no desconfiado, si no, el alma se seca. Y aunque les parezca increíble, esto lo aprendí ahora mismo, gracias a Clemencia, una niña de este pueblo.

El papá de Blanca ya estaba totalmente posesionado de su rol de benefactor.

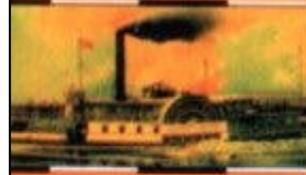
—¡Y quiero anunciar que construiremos una cancha de fútbol con el nombre de don Macanudo! —exclamó y abrazó al verdadero guardián de la bahía—. ¡Y pondremos una placa recordatoria y una escultura!

Todos aplaudimos y varios gritaron: “¡Viva! ¡Hurra!”. Pedro me tomó de la mano y yo lo abracé muy fuerte para darle un beso. Prometo que no fue mi intención, pero el beso se lo di justo en medio de la boca. Me dio mucha vergüenza, pero a él pareció gustarle, porque me dio otro de vuelta y me dijo:

—Clemencia, ¿te gustaría que nosotros fuéramos más que amigos?

Yo le respondí que sí y nos dimos otro beso más, que fue más largo y pude disfrutarlo con calma.

Bueno, y eso es lo que quería contar. Todo terminó como en los cuentos antiguos: algunos años después, Pedro y yo nos casamos, tuvimos cuatro hijos y heredamos la casa de sus papás en la playa, donde nos quedamos a vivir. Fuimos muy felices y tuvimos muchos veranos maravillosos. Seguimos siendo íntimos amigos de don Macanudo, que vivió libre como un pájaro silvestre, y hasta el día de hoy, aunque está muy viejo, sigue siendo el verdadero guardián de la bahía. Y yo sigo rememorando ese verano como si fuera hoy, aunque tal vez mañana se me olvide. La memoria es como el mar: uno puede estar en tranquilidad sin recordar nada y cuando menos se espera, viene una ola gigante y uno se acuerda de todo.



35 

Mauricio Paredes
DON MACANUDO

¿Quién es el verdadero guardián de la bahía? ¡Don Macanudo! En un inolvidable verano, Clemencia conoce a Pedro y Blanca. Junto al estafaiario don Macanudo comen helado, casi se ahogan, se achicharran con el sol, cuentan historias de terror, galopan y casi vuelan a caballo, sobreviven un terremoto y, lo más importante, aprenden a entenderse entre ellos, a sus padres y también a sí mismos.

Mauricio Paredes es uno de los escritores más queridos por los niños en la actualidad. Este éxito ha sido confirmado en Ediciones SM con sus dos libros publicados en la colección El Barco de Vapor: *Tincuda, la comadreja trompuda* y *La familia Guácatela*.

A PARTIR DE 9 AÑOS

ISBN: 978-956-349-657-4



MOG3SCH

es
pad
C